

Juan Santiago Quiros Rodríguez



**RELATOS EN
BLANCO Y NEGRO**

Juan Santiago Quirós Rodríguez

RELATOS EN BLANCO Y NEGRO

*A Gonzalo Dobles
y Víctor Alvarado, filósofos y amigos
de la Sede de Guanacaste (UCR),
quienes con su entusiasmo y apoyo
me indujeron a publicar esta obra.
Espero que sea digna de su sabiduría
y, en especial, de su amistad.*

Liberia, 18 de mayo de 1998

Editorial Electrónica

EDEL

<http://guiascostarica.info/edel/>

CONTENIDO

Debilidad

Campánulas azules

Los ojos muy abiertos

La profecía

El pariente

La fiesta

La advertencia

Enigma

La herencia

Los romanos

Las garrafas

Un músico genial

Tres cuentos inconcluso

La exorcista

Insomnio

El políglota

El epitafio

Nobel

El hijo

Mirmí

Oscarito

El inmortal

Don Tadeo

Por un nombre

DEBILIDAD

Era uno de los más débiles de la familia, y él lo sabía.

Desde niño, sus hermanos lo humillaban, hasta el punto de que su papá decidió colocarlo, estrictamente, bajo su tutela.

En honor a su apellido, fue educado y entrenado para pelear y, si fuera del caso, para morir, defendiendo la vida de los suyos.

Por eso, aunque débil, cuando llegó el momento decisivo, se aprestó a luchar como se lo habían enseñado.

Tenía al frente a sus enemigos: airosos y fieros. Eran idénticos a él, pero de distinto color. Entonces supuso que las rencillas eran de origen racial.

Sin embargo, en una ocasión, un hermano le había informado que peleaban por tierras y por comida.

Ahora, dispuesto para el combate, comprendía que el motivo trascendía lo material y se perdía en raíces ancestrales que, del todo, no captaba bien.

En el campo de batalla, solo podía avanzar. Por más obstáculos o peligros, solo avanzar. A lo sumo, podría detenerse a observar las maniobras enemigas.

Su padre, el comandante, dispuso que nadie efectuara un solo movimiento hasta que el rival no lo hiciera.

Minutos después, se iniciaba la contienda.

La fuerte mano de su padre en el hombro lo impelió a caminar.

—Soy débil. Me matarán.

Avanzó. Con timidez y cautela, avanzó. Las diversas estrategias desplegadas desataban un caos aplastante.

Vio cómo la lucha arreciaba, y apreció el valor de sus hermanos, que parecían multiplicarse: tomaban posiciones, cedían; alguno se deslizaba veloz por el campo contrario y volvía, al rato, con la luz de la victoria en su frente.

Otro, taimado, se situaba a poca distancia del objetivo y, protegido por la sorpresa de su audacia, amenazaba constantemente.

Cuánto los envidió.

A su lado, pasaban los enemigos...Ni siquiera lo volvían a ver.

—Debo ser tan pequeño, que a nadie atemorizo.

Una vez, su padre le había contado la historia de un muchacho como él, cuya valentía en el campo le había hecho ganar los más altos cargos del ejército. Incluso, en una ocasión, ese joven había salvado al país de una derrota inmisericorde.

—No seré como él. Al próximo paso que dé, me matarán.

Vio aliados y enemigos caer; edificios desplomarse; el campo sembrado de aullidos y muerte.

En lo más duro del combate, se percató de que, con solo quererlo, podría desollar a un rival.

La sangre adversaria le infundió valor. Se había apartado de la ruta; pero tenía un enemigo menos.

Desde su nueva posición, vio la meta.

—Si la lograra alcanzar...

Avanzó más. Uno de los hermanos mayores, al verlo tan cerca, lo alentó.

—Bien hecho, hermanito. Solo vos podés llegar al objetivo.

Cierto. De todos los miembros de su ejército, él era el único que podía lograrlo. Los demás, en pésimas posiciones o malheridos, eran incapaces de dar un paso más.

El mismo hermano de siempre: optimista, valiente, lleno de fortaleza:

—Los enemigos te creen débil; por eso, no se fijan en Vos. Aprovecharemos esta ventaja.

Se sintió dolido y halagado.

Y el hermano mayor agregó:

—Con solo que yo me mueva, se abalanzarán sobre mí. Todos me temen; pero, al hacerlo, dejarán descubierta la zona por donde vos estás. Esa será tu oportunidad.

—No, hermano, te matarán.

—¿Qué importancia tiene una vida, en comparación de la victoria final?

Vio a su hermano lanzarse a la muerte, destrozando las huestes enemigas. El plan podría resultar.

Se llenó del ejemplo. Recordó su misión, su entrenamiento. Se irguió. Solo dos enemigos y llegaría a la meta.

Y, sin saber cómo ni de dónde, un guerrero formidable se le interpuso.

—Ahora sí estoy perdido. Lástima el sacrificio de mi hermano.

—¡Sigue, hijo, de ése me encargo yo!

—Madre, ¿dónde estás?

—¡Sigue! Estás a un paso de darnos la victoria.

—¿Qué hago, madre?

—¡Avanza! Ya casi no hay tiempo.

Su todopoderosa madre, tan fuerte y ágil como el comandante.

Caminó. Lleno de miedo y de majestad, caminó. Cerca, casi a un paso, el jefe supremo del ejército contrario, su meta y su atávico enemigo. Por llegar a él y vencerlo, muchos habían muerto.

Lo vio, señero e imponente, dirigiendo el duro combate.

Dio un paso más. El paso crucial...

Un estremecimiento azotó a los rivales.

Con voz apenas audible por la emoción, el dolor y el cansancio, pero seguro ya del triunfo, lo conminó a rendirse.

Sobre un tablero abandonado, un humilde peoncito pone en mate al rey blanco.

CAMPÁNULAS AZULES

Aquella fue la mejor época de mi vida, justo antes del desastre: ganaba con facilidad los cursos; era el mejor deportista; todos se desvivían por agradarme.

Sí. Fue la mejor época.

Entonces vino el accidente, o el intento de suicidio o la muerte por amor, lo mismo da. Al final, el resultado fue una miserable conjunción de cadenas, equívocos y miserias.

Sucedió la tarde en que le declaré mi amor, y restregué sobre su cuerpo toda mi pasión, mis ansias, mis deseos reprimidos y sedientos.

Nunca supe si le gusté o si la huida fue motivada por el asco que le produjo.

Solo vi su hermoso cuerpo, ruborizado al sol del ocaso, huir entre zarzas y ortigas hacia la noche. Vi que corría, ensangrentándose pies y manos, —sangre que yo hubiera degustado con el mayor placer-. Vi que se acercaba al precipicio y que dudaba entre seguir o detenerse. Vi que se mecía en el aire, silenciosamente, y que una guirnalda de campánulas azules, surgida de mi aterrada mano, trataba en vano de asir su delicioso cuerpo en el vacío. Vi que se estrellaba entre las piedras y que sus miembros, desperdigados, disputaban con el crepúsculo un lugar en el despeñadero ruin.

Vi, entonces, que mi cuerpo, ave desalada, lo acompañaba en su mortuorio vuelo...Y vi cómo el duro suelo se acercaba a mi cara y tragaba las lágrimas que me precedían.

Después, lo inaudito, lo inefable: los mejores especialistas arrebatándome a la muerte, luchando a brazo partido contra ella para rescatarme. Exámenes. Operaciones. Transfusiones. Prótesis.

Agonías. -Aunque no hay agonía mayor que la de su ausencia-.

Al final, la batalla perdida. Muerte cerebral. Vida vegetativa. Alimentado con mangueras. Sin visión. Sin audición. Sin habla y sin pensamiento, incapaz de sentir ni de sufrir...según ellos.

Es cierto, no hay dolor físico. No siento nada. Pero el dolor moral o espiritual o psíquico es inconmensurable. No hay una sola palabra que exprese la inmensa amargura al recordar su cuerpo, su gallardo cuerpo, en el vacío, cubierto de campánulas azules, cayendo, cayendo, cayendo...

LOS OJOS MUY ABIERTOS

—Cuando muera, quiero quedar con los ojos bien abiertos.

Este era el único deseo de Lucas, un anodino compañero de escuela.

—Solo eso le pido a la vida...o a la muerte.

—¿Por qué?

—Siempre me han parecido una señal de sumisión, los ojos cerrados de los muertos.

—¿Qué más da? De por sí, muerto, no te enteras de nada.

—Y vos, ¿qué sabes? Bien abiertos, para ver cuando la muerte llega, me posea y establezca en mí su morada.

No atiné a decirle más. En otra ocasión, cuando, casualmente, coincidimos en un velorio, me dijo:

—¿Viste al muerto? Con lo ojos apretados, como si no quisiera percatarse de lo que le acontecía.

—Eso es normal.

—Algunos quedan con los ojos abiertos. Son los que pelean brazo a brazo con la muerte y la vencen.

—Sí, con los ojos abiertos... y mía angustiosa expresión de sorpresa, como si no entendieran lo que ocurre.

—Es posible; pero los mantienen abiertos.

—Imposible cerrárselos después de cierto tiempo.

—¿Y para qué cerrarlos? Yo no quiero eso. Me opongo. Yo moriré con los ojos abiertos.

Me extrañaba esa obstinación de Lucas.

—Dicen que el asesino se refleja en los ojos' de su víctima.

—Es posible. Es cuestión de física, no de magia o espiritismo.

—Mi padre quedó con los ojos cerrados, y lo sentí débil; pese a haber sido un déspota.

—¿Y tu madre?

—Era ciega.

Con la fija idea de observar muertos para ver cómo quedaban, se le fue pasando el tiempo. Cada vez que me lo encontraba, lo sentía más triste, más lejano, más hundido en sí.

Cierto día, me dijo:

—Si muero con los ojos abiertos, no permitas que nadie me los cierre.

—¿Y si los cerras?

—Trata de abrírmelos, para que veas los destrozos que en mí está causando la muerte.

Estaba loco. Busqué a un psiquiatra y le conté el caso. Ambos fuimos a buscarlo.

Lo hallamos sentado, frente al espejo, cortadas las venas, los ojos muy abiertos, dolorosamente abiertos, como mirando hacia la infinita lejanía de la nada.

LA PROFECÍA

A los doce años, le profetizaron que moriría trágicamente. Pero no le dijeron cómo, cuándo ni dónde.

Desde entonces, se refugió en los libros y vivió en función de tal presagio. En comidas, desechó la carne: podría morir atorado; lo mismo el arroz, el maíz, ciertas verduras y cuantas frutas tuvieran semillas. ¿Licores? Ninguno. Solo agua tomaba, y a cucharaditas.

No dormía en cama ni ocupaba silla alguna: tarde o temprano podrían quebrarse, él se dislocaría la columna o se rompería una vértebra, y hasta ahí.

Jamás nadar o navegar, ni medio alguno de transporte. Las calles, mi peligro latente. Las escaleras, mía provocación. La electricidad, mía amenaza. Se alumbraba con un viejo foco. Fósforos y candelas, jamás.

Siempre recluso en su casa, completamente encerrado. Lejos de ventanas; sin cuchillos ni herramientas ni espejos ni animales.

¿Visitas? Solo la mía, -pero con la condición de que no fumara delante de él-. Solo a mí me aceptaba, porque yo era el que le llevaba las cenobiales provisiones, las baterías y las docenas de insecticidas contra las polillas, que continuamente andaban humeando entre sus libros. Además, yo era el que lo mantenía al tanto de las rarezas bibliográficas del mercado, su única debilidad.

—Esta vida tuya no es vida. Le dije una tarde que lo visité.

—Solo así puedo protegerme.

—De una profecía, nadie se protege.

Mi perversa observación lo hizo estremecerse.

—Nada ni nadie me dañarán. He sabido cuidarme.

Le apasionaba la lectura, y más la de textos esotéricos y la de viajes, tal vez como medio de evadirse de la sombra que lo rodeaba.

Una noche, mientras leía el *Itinerarium Egeriae*, según la rarísima edición heidelbergense de 1908, herencia de su abuelo, notó, con horror, que una polilla había iniciado su devastadora obra en tan preciosa joya.

Aerosol en mano, comenzó a rociar los anaqueles, pero el foco le falló. Corrí con un fósforo a auxiliarlo y...

La explosión debió haber sido espantosa. Cuando desperté, yo estaba en el hospital, con serias lesiones en todo el cuerpo, y mi amigo, mi pobre y raro amigo, cumplía ya la inexorable profecía que tanto había tratado de evadir.

EL PARIENTE

Su vida había sido tan agitada, que Atanasio ya quería morir, pronta y tranquilamente.

Solo había un pequeñísimo detalle que se lo impedía: el testamento.

—Quiero hacer testamento y dejarle todo a un pariente.

Atanasio era solo. Absurdamente solo.

—No me moriré sin ver a un pariente -se obstinaba en repetir-.

—¿De dónde?

—Ya verás. Con la promesa de una buena herencia, me sobrarán.

Y más que buena. Millonaria.

Su abogado, truhán de comprobada trayectoria, publicó un anuncio. Daba un mes de tiempo para que algún interesado probara su parentesco con Atanasio.

—Un mes. La vida no me dará ese tiempo.

La vida, no; pero la muerte, sí. Casi al mes, ya. declarado sin vida, la muerte se rehusaba a llevárselo.

—¿Nadie se ha presentado? —No.

—El que llegue, me liberará de una inmensa carga.

Pero no llegaba. Era imposible.

Al filo del mes, el abogado contrató a un tipo para que se presentara como pariente. Hijo, sobrino, primo. Qué más daba. El plan era sencillísimo: el muchacho aportaría las pruebas de rigor. Sería reconocido como tal y se le declararía heredero universal de todos los bienes de Atanasio.

Lógicamente, en el testamento no se pondría su nombre. Después, el abogado, con un poco de dinero, se desharía fácilmente de él, y asunto concluido.

Sin vida ya y sin muerte aún, Atanasio, al oír que había llegado un heredero, se incorporó, abrió los ojos y le pidió que se acercara.

—Al fin llegaste. ¡Pronto! Tu nombre, tu identificación.

Y delante de los pocos amigos que ahí estábamos, con letra firme, él mismo completó el testamento con los datos precisos: incluso, el nombre completo de su heredero...ante la mirada enloquecida del abogado, que en vano trató de evitarlo.

Su firma nunca había sido tan clara.

Miré al heredero. Miré al difunto...Una pasmosa semejanza los emparentaba.

LA FIESTA

Cuando entré a la casa, un fuerte olor a lilas y claveles desgarraba el ambiente.

José trató de recordar lo que había hecho esa mañana.

—Fui al mercado; hice ejercicios; almorcé; salí a caminar un rato.

Ahora, medio sumido en una penumbra total, no sabía siquiera qué hora era.

—Debo haber dormido más de 6 horas, y hoy es la inauguración de la casa.

José había preparado la fiesta desde hacía 6 meses, poco después de que se inició la construcción.

En el recibidor, los amigos admirábamos su buen gusto en el diseño y en los detalles.

Por todo lado había ramos de flores, y en las mesas, tarjetas y telegramas.

Trató de incorporarse, pero una fuerte somnolencia se lo impidió.

—¡Qué vaina! Precisamente, hoy tenía que enfermarme.

Desde la cama, oía la voz de muchos de sus amigos; pero no lograba identificar ninguna.

—Seguramente, mamá no ha querido que me molesten.

Con mucho esfuerzo, se sentó y buscó el interruptor. No lo halló. Casi arrastrándose, entreabrió la puerta...El silencio, la oscuridad y la soledad lo estremecieron.

—¿Qué me está pasando? Hace poco oí gente aquí.

Avanzó unos pasos y, de pronto, se vio como al principio, tirado en la cama sin poder moverse.

—¿Me habré quedado parálítico? ¿Me atropellaría un carro cuando salí a caminar? No. Lo recordaría. ¿Estoy, realmente, en mi cama?

El ruido de las voces tornó y, con ellas, la extraña somnolencia que lo vencía. Largo rato después, le pareció flotar en una rara penumbra.

—Dios mío, ¿qué estarán pensando de 'mí las visitas?

Yo, al menos, no pensaba nada. Absolutamente nada. Los demás, creo, estaban en mí misma condición. ¿Qué podíamos pensar?

—Van a tener que interrumpir la fiesta. Apenas entre mamá, le diré que la traslademos para el próximo fin de semana, porque no me siento muy bien. Todos comprenderán.

Una levísima claridad y un tenue aroma le infundieron un poco de calma. En eso, bella e inconfundible, la voz de su madre.

—Por fin. Ya me extrañaba.

Y entremezclándose con la de su madre, oyó mi voz, mi querida voz. Entonces, su tranquilidad fue absoluta. Sabía que no estaba solo. Que, sueño, realidad o pesadilla, si mi voz se oía, es porque todo andaba bien.

Abrazadas a mí, la madre y las hermanas veían cómo, poco a poco, el sepulturero sellaba la bóveda, mientras un intenso olor a camelias angustiaba el ambiente.

LA ADVERTENCIA

Desde niño, su abuelo lo había introducido en el esoterismo, y conocía muy bien los textos producidos desde la Antigüedad, hasta nuestros días, sobre ese tema.

Hablaba varias lenguas, muertas y actuales, y se extasiaba con los tratadistas árabes.

Para él, los misterios isíacos, délficos, órficos, eleusinos, talmúdicos no eran tales, sino una verdad absoluta que venía transmitiéndose de generación en generación, cambiando, apenas, nombres, y disimulando ritos.

Cuando me lo encontré, se imbuía cada vez más en el secreto templario.

Le hablé de El péndulo de Foucault y se ofendió: era una novela y, como tal, su mensaje alcanzaba los límites propios del género, sin excederse. La pirotecnia de datos que Eco había construido con su obra, no les hacía ningún favor a los templarios. Los denigraba.

—No me negarás que Atienza es un magnífico investigador templario.

¡Para qué lo dije! El mejor epíteto que le endilgó fue el de sensacionalista.

—¿Crees que he dedicado más de 30 años a la tradición críptica, para perder mi tiempo en obras que no pasan de ser artículos mercantiles?

Me envolvió por completo en el esoterismo, y me anegó de legajos y tratados impresionantes.

No desayunaba si antes no me tragaba a Ibn Arabí. Almorzaba con la Ometeotl y Hoque Nahuaque. (He de reconocer que mi amigo no se basó solo en la tradición críptica euroasiática, sino también en la indoamericana).

Junto con la cena, llegaban las Vírgenes Negras y el Bafomet trifácico de Tuletras...

—¿Qué te han parecido las obras que te presté? ¿Las leíste?

—Sí, me parecen buenas; pero nada más, Por escribir, cualquiera escribe lo que se le antoje...Allí tenes a Benítez.

Sé que la frasecita lo hirió, pero no dijo nada, solo me lanzó lo que para él era la más 'terrible de las advertencias:

—Esta noche, serás testigo del poder del esoterismo.

Cerca de las doce, comencé a captar los primeros síntomas: la luz del dormitorio se encendió sola y el gato maulló lastimeramente bajo mi cama...pero...yo no tenía gato. A los pocos minutos, en la apagada pantalla del televisor se dibujaron, en caracteres árabes, que extrañamente comprendí,

aunque no sé árabe, las palabras: "*Layla al Qadr*", "La noche del destino", traspasadas por la cruz templaría, mientras su voz -creo que era la suya- recitaba versículos ambiguos de El Talmud.

Pese a que pude traducir los textos sin conocer árabe, como ya lo dije, ni hebreo, aquello me parecía absurdamente circense. Quizá por esta razón no sentía miedo.

Una a una, se fueron sucediendo extrañas manifestaciones: imágenes, ruidos, voces, luces, pasos...

Lo que sí me admiró, fue la pérdida del tiempo. Cuando consideré transcurrida media hora, ya clareaba.

Hacia las nueve de esa extraña mañana, llegó mi esotérico amigo, sereno, majestuoso.

—¿Convencido?

—¿De qué?

—De los poderes ocultos.

—¿De cuáles?

—De los que viste y oíste esta madrugada.

—Vi televisión como hasta la una, y después me quedé dormido.

—¿Te atreves a decir que en tu cuarto no pasó nada extraño hoy?

—No solo lo digo, lo afirmo y lo sostengo. ¿Qué iba a pasar? ¿Vas a decirme que esta madrugada entraste a mi cuarto convertido en quién sabe qué horrible monstruo?

—No, no, eso no. No eran monstruos. Eran advertencias.

—¿Qué más querés? Toda advertencia es un monstruo que nos amenaza.

—Con vos, no se puede ni hablar siquiera. Pero, te lo juro, te haré esoterista, aunque no querás; aunque te resistas. Llegarás a ser uno de los ministros más fieles...Te lo juro.

Con una calma que me asustaba, le sostuve la mirada...Jamás reconocería -ante él ni ante nadie- el poder de las ciencias ocultas; aunque, para hacerlo, tenga que volver a vivir una infernal madrugada como ésa.

ENIGMA

Nunca se imaginó el aterrorizado Víctor, que aquel descubrimiento suyo marcaría por completo su vida.

Sumido en los más raros infolios buscó, con denuedo, durante meses, una respuesta a su extraña situación.

Se sabía humano -o, al menos, lo sospechaba- con todos los órganos que caracterizan a la especie; pero vivía sumido en un mundo diferente al de los humanos.

No podía recordar cómo ni por qué llegó ahí. Un día, de pronto, se encontró flotando...

Ahora, el miedo lo corroía y el pavor lo alelaba.

Se sintió pez...y no lo era. Se creyó anguila...y poseía extremidades. Se pensó ave; pero sin alas ¿Tal vez una medusa?

Fue entonces cuando decidió analizar, científicamente, su estado, para, racionalizándolo, calmar sus inquietudes.

Se acordó -o supo— que su madre guardaba vana, muy buena colección de libros de ciencia, y recurrió a ellos en procura de sabiduría y sosiego.

Conoció a Aristóteles, a Plotino, a Averroes, a Lulio. Nada. Ellos no satisficieron sus ansias.

Libó las fuentes renacentistas...y solo pudo colegir que formaba parte, como todas las demás criaturas, de un sistema heliocéntrico...Lo que vino a aumentar sus inquietudes.

Si hubiera sido mi número, un astro, una línea, de sobra ya habría visto recompensados sus desvelos.

Cierto día, tuvo el primer indicio de su situación, al saber del Psicoanálisis.

Averiguó en qué consistía y quién lo postulaba. Estudió sus influencias, sus raíces, sus proyecciones. Gracias a él, dedujo, con certeza, que era un ser humano, puesto que podía psicoanalizarse.

Tal seguridad lo frustró más, ya que su problema no era tanto mental como físico. Sin embargo, hizo un recuento de lo que, con absoluta seguridad sabía:

—Primero, soy humano. Segundo, tengo completos todos mis órganos. Tercero, soy inteligente. Cuarto...

El hacer o no poder hacer algo lo cubrió más de miseria.

—¿Por qué vivo aquí? ¿Qué soy? ¿Qué monstruo, qué raro espécimen?

Un día cualquiera, cansado de pergeñar ideas, fue con su madre a un especialista.

—Otro más, pensó con abatimiento...

Sintió que los acogía con bondad, y que los instaba a estar tranquilos y cómodos.

Después percibió gemidos, jadeos, llantos y, en un segundo, una luz, una luz furiosamente brillante lo abatió. Lo estremecieron movimientos convulsos y recorrió su tibia carne un gélido soplo...

Instintivamente gritó. Gritó con todo lo que podía. Gritó de miedo, de dolor, de angustia, mientras en la sala de partos todos se regocijaban del nacimiento de tan hermoso bebé.

LA HERENCIA

Un día, gracias a mía herencia, decidió comprarse una finca.

—Este ha sido mi mayor sueño: una finquita, algún ganadito y unas cuatro matillas de algo.

—¡Qué bien, me alegro!

Honestamente, me alegraba. La vida lo había tratado siempre muy mal. A brincos y a saltos, fue estudiando, y ahora lo conocía como mi buen profesional. De pronto, esa herencia.

—Solo me preocupa una cosa -me dijo, viendo hacia otro lado- no sé dónde comprarla.

—Eso depende del precio y clima que te guste.

—Ambos me son indiferentes.

—¡Caramba, como que la herencia fue buena!

—Sí.

—¿Preferís gramíneas, café, caña o

—Todo me gusta.

—¿Cerca del mar, de un río, en mía montaña? —Es lo mismo.

—Entonces, ¿porqué te preocupas? Si todo te da igual, cómprala, y punto.

—Sí; pero, ¿dónde?

—Donde sea.

Mi jobiana paciencia se despedazaba. Y él, con aquella cara de inocente, medio mirándome, casi azorado.

—Solo quiero un pedacito de tierra, lejos de aquí, con una casita al centro y mis perros. Sin vieja que me grite ni güilas que me lloren.

Cierto. Hasta ahora no me percataba: nunca le había conocido novias, ni amigas ni nada.

—Pero una mujer hace falta.

—¿Para qué? Siempre me han hecho daño.

—¿No te gustan las mujeres?

—No.

Afirmó sus facciones. Endureció la mirada. Apretó los puños. El cambio que se produjo en él fue total:

—Siempre me han jodido. La primera fue mamá: murió irnos minutos antes de que yo naciera. Me crió una vieja invivible, barragana de mi padre (Barragana, ¿desde cuándo no había vuelto a oír esa palabra? Es más, creo que nunca la oí. Siempre la leí) que, al mismo tiempo que a mí, amamantaba a dos cretinos, medio hermanastros míos: uno mongolo; el otro, poliomielítico, que a toda hora, lloraban y lloraban...Y aquel olor a miaos, y aquella harpía gritona (evoqué, con esa palabra, un cuento de Poirot) y aquella hambre infinita; pues los cretinos se posesionaban de las dos tetas. Y aquella soledad horrible. Me parece vemos (¿vemos? Sí. Es una construcción imposible en ese contexto, pero válida.) a los tres babosos en la cama. Yo, el normal, fíjate vos, el normal, soportando gritos, arañazos, hediondecas, leche rancia y vomitadas. Los otros dos, insensibles en su imbecilidad. Y la bruja de mi madrastra golpeándome, odiándome, restregándome su furia a cada momento, sin importarle mi edad ni mi desamparo.

—¿Y tu papá?

—¿Cuál papá? De él, solo el nombre y la tetona que me dio por madre.

—¿Qué hiciste?

—No sé cómo crecí, o medio crecí, ni como me eduqué. El reformatorio, a donde me envió mi madrastra por díscolo, me enseñó las primeras letras. Te p^udo mostrar las cicatrices de los golpes que me daba la maestra, una víbora, que competía con mi madrastra en maldad y en gritos.

—Ahí me violaron cuantas veces quise y quisieron, y la tal maestra me echó por maricón y libidinoso. Paré en la cárcel, por un robo insignificante, donde me enredé con un guardia que, en un acto de venganza contra su esposa por habernos denunciado, la mató de un balazo. Después, delante de mí, se suicidó. Murió en mis brazos, que siempre llevarán el calor de su cuerpo.

Su rostro, su mirada, sus gestos, se cubrieron de ternura y sal.

—¿Cómo creés vos que yo pueda querer a una mujer?

—Ahí, en esa cárcel, donde conocí el amor y la muerte, saqué el bachillerato. Lo hice, más como un homenaje a él, que quería verme libre y estudiado, que como un deseo mío de progresar: ya todo en la vida me resultaba igual.

—Bueno, hacete de un amigo y te lo llevas a vivir con vos.

—Olvidate. Ahora, el amor no existe. Cualquiera se iría conmigo solo por dinero.

Aquella forma de pensar me daba escalofríos. Con razón, lo mismo le daba una cosa que otra. Ahora, ya profesional, deseaba huir muy lejos. Tal vez, para olvidar...o para vivir de recuerdos, no sé.

—Solo me interesa, en este momento, comprarme una finquita.

Cierto. La finca...Lo había olvidado; pero, si se había criado solo y no tenía parientes, ¿de dónde provenía la herencia?

—De la bruja de mi madrastra.

Me quedé mudo.

—La muy puta vivía de esto -e hizo la conocida seña— y tenía plata, mucha plata. El año pasado, murió de sida.

—¿De sida? ¿Del virus de inmuno...

—Sí, sí, de sida. ¿No te dije que vivía del sexo, la muy perra? Dios es justo. Ante la ley, yo era su único heredero.

—¿Y los imbéciles, como vos les decís?

—Esos solo vivieron para hartarse la leche que a mí me tocaba. En cuanto me destetaron -o me desteté- se murieron. Bueno, ya te he cansado demasiado con mis tonterías. En cuanto tenga la finca, te aviso...

Y se perdió en la tarde matizada de ternuras.

LOS ROMANOS

Se acercaba Semana Santa y el pobre padre-cito veía que otra vez, como los demás años, no iba a poder hacer las procesiones con soldados romanos, como desde hacía mucho se lo había prometido al pueblo.

En cambio, en la comunidad vecina -¡oh destructora envidia!— tenían soldados hasta para tirar para arriba.

Mucho había llamado a los jóvenes y adultos del lugar; pero no había manera. Su abulia y desinterés eran tales, que para ellos no había Semana Santa, sino unos días libres para pasarlos jugando cartas, y no iban a perder la tradición por un capricho del cura.

Ni siquiera había hombres para alzar las andas del Nazareno o de San Juan. Tenían que llevarlas mujeres, o en el cajón de un carro.

En su deseo insatisfecho, recurrió al obispo. Pero no obtuvo nada.

—Señor, -rezaba todos los días— permítame un buen grupo de soldados para esta Semana Santa.

Y el Señor, más sordo que nunca.

—Señor, mándame unos cuantos, por lo menos. Nada.

En eso, apareció "Corronguera". Este era un viejillo sácalas que quería quedar bien con todo el mundo. Le decían así, porque para él todo era "corrongo".

Sabedor del sufrimiento del padre, lo fue a visitar para proponerle un plan.

—Vea, padre. Usted lo que quiere son las procesiones con judíos.

—No, hijo, con soldados romanos.

—Es lo mismo. Si nuestros hombres no quieren participar, ¿por qué, entonces, no invita a las mujeres?

—¿Qué decís, sacrílego? ¿Mujeres como soldados romanos? Jamás.

—Vea, padre. ¿Qué tiene eso de malo? Se verían muy corrongas con el uniforme y marchando por las calles del pueblo.

—¡Jamás! Todo el mundo se reiría de nosotros. Además, ¿dónde has visto vos que los romanos tuvieran soldadas? ¡Nunca!

—Padre, será algo novedoso. El mismo obispo lo felicitará por tan brillante idea. Usted, un cura de pueblo, poniendo en práctica lo que está tan de moda en la sociedad, ¿se imagina?

—¡Jamás!

—Y todas las feministas apoyándolo. Y la prensa. Y la televisión. Vea, padrecito, piénselo. Con pensarlo, nada se pierde.

—No, no, no. Largo de aquí.

Y aquella fue una noche de cabildeos. El cura con el Cristo. Corronguera con doña Luz, la mandamás del pueblo. Doña Luz con las catequistas. Estas con sus discípulas.

A todo el mundo, le pareció la idea magnífica. Menos al padrecito.

Apenas amaneció, la iglesia estaba llena de feligresas, deseosas de conocer la opinión del padre. Pero éste, como si nada supiera. Hacia el mediodía, Corronguera se dejó caer por la casa cural.

—¿Qué ha pensado, padre? Ya estamos finalizando febrero, y el tiempo apremia.

—Señor, te pedí un grupo de soldados, y me mandas a ése con esa idea. ¿Qué hago? Dame una señal de que aceptas mujeres como soldadas, y estaré tranquilo.

Y la señal llegó. Mediante un sueño, pero llegó.

Soñó que María Magdalena, con uniforme de soldada romana, iba en un desfile con pancartas, en pro del aborto. Mientras Juan el Evangelista, Barrabás, Judas, Caifas y Pedro se jugaban un delicioso quinto de póquer.

Se despertó sudando y agitado, como ahogándose; pero con una firme decisión de hacer las procesiones con soldadas.

El más contento fue Corronguera que, como la Tía Zorra de Carmen Lyra, andaba de arriba para abajo haciendo que hacía.

Doña Luz, lógico, fue la encargada de la escogencia: más de trescientas muchachas y señoras querían participar, y para darle envidia al otro pueblo, las escogieron a todas.

Serían procesiones inolvidables.

Mientras, el curita daba y daba vueltas a su herético sueño. Ciertamente, lo había inducido a tomar una decisión; pero en él debía haber algo más. Algo que el Señor no terminaba de aclararle.

—Señor, me trame tus caminos. Además del permiso para las soldadas, ¿qué me querías decir con eso? ¿Estás de acuerdo con el aborto? ¿Se deben legalizar los juegos de cartas?

Y el Señor, otra vez, como si no fuera con él.

Y los ensayos avanzaban. Y los uniformes ya se estaban haciendo. El hojalatero no se cansaba de fabricar cascos; el zapatero, botas y sandalias; la costurera, capas largas y cortas, rojas, azules y negras.

La escuela prestó los tambores, cornetas y redoblantes.

Mireyita, la hija de doña Luz, se empeñó en tocar la lira, y no hubo manera de convencerlas de que los soldados romanos no la utilizaban.

Madre e hija juraban que en una película ellas habían visto a un rey pedir una lira mientras una ciudad se quemaba, y que el rey -estaban seguras- era de Roma, y que había soldados.

Ni modo. Las procesiones tendrían también lira.

Viendo esto, Azucenita dijo que ella tocaría violín. Que si había lira para complacer a Mire, debía haber violín para complacerla a ella.

Y hubo violín, porque Chenita era la hija del ricachón del pueblo, un hombre descreído, pero que daba el dinero que fuera para la iglesia, con tal de ver feliz a su inocente hijita.

Y la Chenita y la Mireyita se vieron con ojos homicidas; pero felices con sus instrumentos.

Una vieja alborotera de las que nunca faltan, hizo un escándalo porque no le permitían ser la aguatera.

El puesto lo ocuparían las trillizas Muñiz, unas militas muy simpáticas y colaboradoras, madrinas de las fiestas, remas de los carnavales, novias de los equipos y concursantes eternas a cuanto certamen de belleza o de simpatía se hiciera.

Pero el revuelo mayor lo causó Pacita.

Estaba embarazada. Bastante embarazada, y decía que tenía que ser soldada, porque se lo había prometido a San Longino, con tal de que le fuera bien en el parto.

—Pero, niña, -preguntaba Corronguera— ¿quién te ha dicho que San Longino es el patrono de los partos?

—Yo no sé si es el patrono o no. La cuestión es que yo le recé a él, por recomendación de una amiga, y hasta el momento me ha ido muy bien. Así que, desfilo o no hay procesión.

Pacita era la nieta adorada del presidente municipal, sobrina predilecta del gobernador, hermana del diputado, prima de la asistente de la secretaria de la Primera Dama.

Sin Pacita, no habría procesión. Sin procesión, no habría soldadas.

Y el cura entusiasmadísimo como nadie. Los problemas, los iba resolviendo como podía y todo iba saliendo bien.

Lo de la lira, el violín y la embarazada no le gustaba mucho; pero tratándose de Mireyita, Chenita y Pacita, ¿qué se iba a hacer?

Y llegó la primera procesión. Dos filas de 163 soldadas cada una. Bien ataviadas con sus arreos marciales. Imponentes.

Sonó la lira. Siguió el violín. Se oyó la cometa. Y todas dieron el primer paso.

Lira, violín cometa: segundo paso.

Había costado muchísimo ponerse de acuerdo en cuál instrumento sonaría primero; pero la suerte lo decidió.

Lira, violín, cometa: tercer paso.

Y las aguateras no daban abasto, y las de la Cruz Roja, cansadísimas, de atender tanto desmayo y mareo.

Lira, violín, cometa: enésimo paso.

En un "picap", iban las imágenes, este año, con vestidos nuevos.

Después de casi 4 horas, la procesión terminó. En el atrio, hubo que improvisar una sala de masajes. Pero lo importante es que se hizo, y fue la sensación de todo el mundo.

Para todos, la verdadera procesión, la auténtica, era la del Viernes Santo a las once del día. La Procesión del Encuentro.

El cura, doña Luz y Corronguera arengaron a las valientes soldadas con consignas cuasibélicas.

Como nunca, el sol desparramó sus rayos' con furia. Ni una leve brisa corría. Aquello era "polvo, sudor y hierro".

De lo alto del salón del pueblo, los hombres habían interrumpido el juego, por primera vez en su vida, para ver el imponente desfile de mujeres soldadas, marchando al unísono, lira, violín cometa.

Las imágenes del Nazareno, de San Pedro y de San Juan, esta vez en carretas de "yip". La de la Dolorosa, en hombros de mujeres, como correspondía.

Viendo aquello, uno de los jugadores dijo:

—¿Cómo es posible que nosotros aquí, mientras nuestras mujeres se deshidratan allá abajo?

Y, milagro de Dios, todos los hombres bajaron y se disputaban por transportar las imágenes.

Doña Luz y Corronguera se oponían. Esos sacrílegos no eran dignos ni de acercarse. Además, no iban bien vestidos y estaban todos engomados. Con "yins" y pantalonetas, no se debe asistir a una procesión del Viernes Santo y, menos, oloroso a licor.

El cura vio el cielo abierto. Sí. Aquella era la interpretación de su extraño sueño. No importaba que no estuvieran bien vestidos o que olieran a guaro. Era Dios, el mismo Dios el que los atraía al redil.

Las Muñiz, multiplicadísimas, dando más agua a los hombres que a las sufridas soldadas.

Y lira, violín, cometa: la imagen del Nazareno se ladeaba, pero avanzaba.

Lira, violín, cometa: la imagen de San Juan iba de medio lado.

Lira, violín, cometa...todo el pueblo marchaba, con su enorme fe, moviendo montañas, despreocupado y feliz, seguro de que el viejo Dios estaba viendo con muy buenos ojos aquellas escenas candorosas.

LAS GARRAFAS

*A don Rodrigo Gómez,
protagonista de esta historia.
Ojalá que en la Eternidad,
este relato le haga
recordar tantas horas
hermosas que pasamos.*

Durante años, había buscado Rodrigo la oportunidad de hacerse rico sin mucho esfuerzo...y la oportunidad llegó.

Era buhonero, y lo que adquiriría iba a vendérselo a don Tadeo, un roñoso topador, que había llenado cinco hectáreas con objetos de toda índole, de clara o de dudosa procedencia.

Cierta vez, el gerente de una empresa lo llamó para regalarle setecientos garrafones que le estorbaban en sus bodegas, con la condición de que se los llevara de allí en menos de una semana.

—Dos acepté -me contó Rodrigo- a sabiendas de que no tenía cómo transportarlos, ni dónde ponerlos, ni qué hacer con ellos.

Y se fue donde don Tadeo.

—Hombre, don Tadeo, por ahí tengo unas garrafillas que podrían servirle.

—Ya nadie compra garrafas.

—No faltará quién, don Tadeo.

Al final, don Tadeo le pidió que le llevara una para verla.

—Una, ¿te imaginas? Una. ¿Qué iba a hacer yo con las seiscientas noventa y nueve que me quedaban?

Alquiló un furgón, un lote abandonado y cuatro mocetones.

—Todo me costaba un dineral; pero, si vendía las garrafas, podría ganarme fácilmente una fortuna.

En verdad, eran unos garrafones inmensos. Al furgón, solo le cabían treinta y, para levantar una, hacían falta, por lo menos, dos hombres fuertes.

—Ya transportadas y acomodadas, me fui donde don Tadeo.

—¿Esa es la garrafilla de que me hablaste? —Sí, señor.

—¿Y a quién va a interesarle eso?

—No faltará alguien, don Tadeo, no faltará.

—¿Y cuánto pedís por ellas?

—Vea el tamaño, don Tadeo; el material dé que está hecha. El uso que podría dársele. Déjesela. Si en una semana no la vende, nos olvidamos del asunto.

—¿Pero a qué precio me la dejás?

—No se preocupe por eso, don Tadeo. Si la . vende a buen precio, me las compra a buen precio. |

—Y se la dejé. Yo estaba endeudado hasta las cachas. Debía el lote, los cargadores y el furgón. No hallaba qué hacer. Pero se las dejé; sobre todo, porque recordé lo que le había pasado a papá.

Y me contó que don Fulgencio, su padre, era un viejo comerciante del mercado, más astuto y desconfiado que don Tadeo.

Una vez, llegó un tipo majadero a venderle irnos trompos, línea a la que don Fulgencio nunca se había dedicado. Pero, tanto insistió el otro, que don Fulgencio le dejó una docena...al crédito y en consignación.

Don Fulgencio estaba convencido de aquél sería el peor negocio de su vida, pese a que no había pagado nada. Sin embargo, a la mañana siguiente, un chiquillo compró un trompo. Por la tarde, vendió dos. Al otro día, cinco. Al decir el tercer día, ya no tenía un solo trompo, y los güilas seguían llegando por más.

Al ver el éxito alcanzado, don Fulgencio envió a Rodrigo a buscar al vendedor, el cual, haciéndose de rogar, llegó. Por un buen rato, estuvieron pujando por el precio. Al final, se pusieron de acuerdo, y don Fulgencio le compró de contado más de cuarenta docenas de trompos.

Desde eso momento, no vendió uno más.

Rodrigo decidió, entonces, hacerle a don Tadeo la misma jugarreta que le habían hecho al zorro de don Fulgencio.

—Le di suficiente dinero a un muchacho para que fuera a preguntarle a don Tadeo por una garrafa así y asá. A la semana, mandé otros dos.

Después, dos más...Y me senté a esperar.

Al día siguiente, don Tadeo, en persona, y como quien no quiere la cosa:

—Mira, Rodrigo, ¿cómo cuántas garrafillas de ésas decís que tenes?

—Le vendí unas cuantas, a muy buen precio, y se las mandé a comprar, también a muy buen precio. En ese jueguito lo tuve como una semana, aunque ya casi ni podía salir porque le estaba debiendo a todo el mundo.

Al ver tal bonanza, don Tadeo decidió adquirirlas todas, con la condición de que Rodrigo las transportara y las acomodara en su terreno.

—Me costó un mundo convencer al hurgonero y a los cargadores para que hicieran el trabajo. Pero, lo hicieron. El sábado, a mediodía, terminamos.

Don Tadeo, comerciante a la antigua, solo pagaba al contado: no creía en cheques ni en bancos ni en tarjetas de crédito.

—Me llevó aparte y me dijo:

—Mira, Rodrigo. No tengo tanta plata en este momento; pero pasa en la noche y arreglamos.

—Don Tadeo, pese a sus muchos defectos, era un hombre de palabra. Con él, no había ningún problema. El negocio había sido mi éxito.

Esa tarde, lo atropello un carro y quedó con vida vegetativa.

La familia ni siquiera quiso oír hablar de las garrafas.

—Nuestro padre siempre pagaba al contado, y nunca le quedó debiendo nada a nadie, me dijo el hijo mayor... Además, nosotros somos ahora los del negocio, y con personas como vos no queremos tratar, me dijo el segundo.

—Esa fue mi ruina. Mi completa ruina.

No hubo Dios posible de que yo pudiera levantar cabeza después de aquel desastre. Pero, en fin, algún día será de día.

UN MÚSICO GENIAL

Desde su más temprana infancia, Angelito demostró dotes de músico.

Primero, fue el chilindrín. Ahí, pero no se crea que aquello era el sonido común y corriente que todo niño, común y corriente, le saca a ese infernal invento.

Era todo un éxtasis auditivo escuchar cómo las notas salían y salían, en acompasado ritmo melódico, gracias a la agilidad del mozartiano niño.

Seis meses de vida, y era ya todo un virtuoso del sonajero. Le hablaba su mamá, y tres toques secos lo festejaban. Se le acercaba el papá, y un sonido largo lo anunciaba.

Tosía la abuelita, y el chilindrín lo hacía con ella. Estornudaba la criada, y -oh maravilla— parecía que el instrumentito estornudaba también.

Ante tal portento, -y por consejo de una psicóloga- los padres decidieron cambiar de instrumento.

Y héteme aquí a Angelito con un pianito chirrisco, pero “de verdad”, como decías el papa.

De su teclado, surgían auténticos arpeggios, tanto, que mía beata que visitaba la casa decía que así debería sonar la música celestial.

El principal programa de TV lo mostró. Y sí que se lució Angelito esa vez.

Hubo infinidad de llamadas preguntando por el nene y su habilidad.

Famosos, de la noche a la mañana, pasaron al violín.

¡Qué encanto! Un Stradivarius no habría producido tal inundación de trinos.

Y la orgullosa madre no hallaba qué hacer. Y el feliz padre, ni se diga. Y la perdida abuela, ni lo cuento. Y la hermana, igual de perdida, contentísima.

¿Y Angelito? Prodigándose. Dejando que de sus deditos saliera vida, genuina vida musical.

Muy antes de reconocer las letras, ya conocía las notas.

Por eso, la familia pensó que recibiera lecciones, pero con música "de a de veras", como decía el papá. "Con música de iglesia", opinaba la beata. "Con música clásica", decía la madre en un suspiro.

Y es que la madre -ahora se venía sabiendo— había sido música. Tocaba la lira en los desfiles de su escuela. Tocó el redoblante, en los del colegio; por eso, fue la única que habló de "música clásica".

—¿Y qué va a aprender, mi bebé?

Y el bebé respondía: —Música clásica.

—Ay, qué lindo. Angelito va a tocar música clásica.

—Tocará "vals", decía la mamá.

—Pero, ¿ésa es música de a de veras?

Preguntaba el papá.

—Claro. Los "vals" son pura música clásica. No hay otra. Y el maestro se rio obligado a enseñar solo vales. Al tiempo, Angelito se soltaba con Sobre las olas. ¡Qué deleite! ¡Qué arrobo! Y su repertorio iba creciendo a ojos vistas -o a oídos escuchadas—.

Fue el artista preferido de la escuela.

En las veladas y asambleas, era la delicia de todos. El, y ¡oh desgracia!, una niñita de primero, que se contoneaba toda al ritmo de mi lujurioso merengue y que para las maestras era la suprema manifestación del arte...Claro, después de Angelito.

Esto obligó a pensar a una maestra. Y he aquí el gran descubrimiento: Angelito tocando merengue, mientras la nenita se contorsionaba frente a él. Al fin, habían dado con el número artístico ideal.

Pero la madre de Angelito se opuso rotundamente. El padre también. Lo mismo, la abuela. Igual, la hermana.

—¡Jamás! ¡Nunquísima! ¿Angelito tocando para que otra chiquilla se luciera? ¡Nunca!

—¡Ni muerta!, -dijo la madre.

—¡Ni muerto!, -agregó el padre.

—¡Ni enterrada!, -tosió la abuela.

—¡Ni drogada!, -mintió la hermana.

Ni modo. No habría número artístico. ¡Cha-rita!, con lo lindo que habría sido ver a los dos actuando.

Pero el merengue hizo su mella. Y no hubo Dios posible que le impidiera a Angelito tocar otra cosa. Adiós los vales...Aquello fue como un duelo para la familia. Se acabó el Angelito valsero. En su lugar, surgió un furioso merengue de ritmo caliente.

TRES CUENTOS INCONCLUSOS

Aquella mañana, lo encontré lleno de cavilaciones.

—Tengo tres cuentos detectivescos, y no sé cómo terminarlos; por eso, te llamé.

—¿Vos crés que yo te pueda ayudar? —¿Sos crítico literario, no? —Sí; pero no, escritor.

—No importa. Mira, ya los tengo con título y todo. Debes entender que son cuentos cortísimos, en los que interesa, solamente, la acción. En realidad, un cuento no debe ser superior a tres páginas.

—Bueno, ya. Vine a ayudarte, no a oír una lección sobre cómo debe ser un cuento.

—Paciencia, hombre, paciencia. El primero se llama El caso del perro descuartizado, y dice así:

"Un fuerte timbrazo lo despertó. Eran las 10:06 de la mañana. Abrió la puerta, todavía enllavada, y vio, con horror, el cuerpo despedazado y aún sangrante de su mastín.

Miles de preguntas le apuñalaron el cerebro: ¿cómo llegó hasta ahí, si siempre dormía dentro de la casa? ¿Quién lo sacó? ¿Quién tocó el timbre? ¿Por qué no hubo ruidos?

De pronto, paró. -¿Y?

—No sé cómo continuar. —Es fácil. Algún ladrón.

—Si fue un ladrón, ¿cómo explicar lo del timbrazo, para qué iba a exponerse de esa forma? Además, ¿cómo pudo entrar a la casa y salir, si todo estaba con llave? Y, lo más importante, ¿de qué manera iba a dominar al mastín, matarlo, descuartizarlo, sacarlo de la casa, salir sin ser visto...y todo hacia las diez de la mañana? Y hay más: no robó nada. Si no hay robo, no hay ladrón.

—Para mí, no hay tanto problema. Fue el novio o el amante de la empleada.

—El protagonista no tiene empleada.

—Entonces, el protagonista es sonámbulo y, por algún recóndito rencor contra sí mismo y contra los perros, actuó bajo los efectos...

Ni siquiera me dejó terminar:

—¡Perfecto! ¡Clarísimo! ¿Cómo no se me había ocurrido? Pero no lo voy a hacer sonámbulo, sino con doble personalidad. Una versión ultramoderna del Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Y se frotaba feliz las manos.

—Pero eso no es nada. Oí el segundo cuento. Es todo mi dilema. Se titula Terciopelo y seda. Oí: "Dos horas después de despedir a su novio en el aeropuerto, fue asesinada, brutalmente, en su propia casa. Un testigo asegura, sin lugar a dudas, que vio al asesino abandonar la vivienda, y que el asesino era el mismo novio; pues él (el testigo) lo había visto salir con ella horas antes, con la misma ropa y el mismo maletín del sospechoso."

-¿Ya?

—Sí.

Más afligido no podía estar.

—Aquí no veo otro problema, más que el título. El protagonista no se va en el avión. Se escabulle, y vuelve, por alguna causa extraña, a la ciudad, a matar a su novia.

—El título no es problema. El maletín es de terciopelo y seda, y existe seguridad absoluta de que el novio partió en el avión.

—Eso, lo afirmas vos.

—Sí, pero lo hago porque la policía lo constató.

—Bueno, entonces había un hermano mellizo' que nadie conocía -o que el protagonista, por algún oscuro misterio, mantenía oculto-. El mellizo, al ver la prosperidad del hermano, decide matarle a la novia para inculparlo.

—Mira, maravilloso. Me alegro de haberte llamado. Pero ve: los haré trillizos. Uno se va, de veras, en el avión. El otro es el asesino, y el tercero es el condenado. ¡Perfecto!

Comenzaba a dolerme la cabeza. En mi larga vida de crítico, jamás había visto estupidez igual.

Bueno, había por ahí una o dos excepciones, pero... Hice el intento de salir y me detuvo en seco.

—Espérate. El tercero es el mejor. Se llama Clemente y misericordioso.

—¿Pero de dónde sacas esos títulos? Te va a pasar las de un amigo que se hizo famoso poniéndoles a sus obras títulos maravillosos, realmente atractivos. Lo fatal era lo que había después del título.

—Me ofendes.

—No me hagas caso. Seguí.

—Comienza así:

"Sherezada, recostada..."

—Quita "Sherezada" o quita "recostada"; pero ambas hacen una horrible rima. —A mí me gusta así.

—A mí no, y yo soy el crítico. Cambia eso. —Por ahora, perdona, pero así se queda:

"Sherezada, recostada en un sofá de terciopelo y seda..."

—Y dale con el "terciopelo y seda". ¿No se llamaba así el cuento anterior? ¿Qué es esa fijación?

—Déjame. Yo soy el escritor. La vida está llena de repeticiones, y nadie las llama fijaciones. Déjalo así.

"...veía cómo terminaba el día..." —No, no, no. De nuevo mía infame rima. —¿Qué tienes contra las rimas? —Por lo menos, en los cuentos anteriores, no las había.

—Pero en éste es vital.

—¿Vital la rima en un cuento de misterio?

—Sí. Acordáte de Los diez negritos y de Asesinato en la calle Hickory, en los que la rima es esencial. Lo que no sé es cómo hacerla encajar en el tema del cuento.

—¿Cuál es el tema?

Yo casi ya gritaba, lo que era síntoma de un estado de nervios colapsado.

—¿Cuál es?

—El título lo dice.

—¿Y cómo era el título, que ya se me olvidó?

—Clemente y misericordioso.

—Ah sí, un título muy coránico, por cierto. ¿De qué manera se pueden unir ese título y la pesada rima que estás poniendo?

—Mira, es algo así como que el condenado del cuento anterior, uno de los trillizos, cumpliendo la pena, descubre que ellos son tres hermanos idénticos, y que uno fue el asesino, aunque no sabe cuál es. Por su parte, el inocente, no sabía nada. Ni siquiera que tenía otros dos hermanos iguales. Al final, el condenado, lleno de clemencia y misericordia, perdona a su hermano asesino, aunque no sabe cuál es.

—¿Ya, terminaste? ¿Y qué pitos toca Sherezada en todo esto?

—Es la hermana.

—¿De quién?

—Pues de los trillizos, que son los únicos personajes de que te he hablado.

—No. También hablaste de la novia asesinada y de la policía.

—Sí; pero personajes personajes, solo los trillizos. ¿No te parece sugestivo? Mi heroína con el nombre de Sherezada.

—¿Sherezada?

—¿Qué hacía ella en Las mil y una noches? Contaba cuentos, ¿verdad? Pues en éste hace exactamente lo mismo: cuenta cuentos.

—¿En qué momento se le revela al lector tan sugestivo asunto?

—Cuando ella, para distraer a su hermano, le cuenta ese cuento con rima. Al oírlo, el hermano deduce quién fue el asesino.

Y así continuó, largo rato, con su cuento. Yo, pobre de mí, no tenía más que oír. Resulta que Sherezada era la que había planeado el asesinato de su cuñada, porque mantenía relaciones incestuosas con uno de los trillizos. El policía descubre cinco orificios de bala en el cuerpo de la muerta y, en el juicio...

Pero dejemos que sea mi amigo el que lo diga:

"Has de saber, hermano, que el cadáver presentaba cinco orificios. De pronto, si juez preguntó: "si el revólver solo tenía tres balas, como está demostrado, ¿por qué aparecen cinco orificios?" La pregunta, claro, iba dirigida al forense que, sin pensarlo mucho, contestó:

"Su señoría, cuando yo revisé el cuerpo, tenía únicamente, tres heridas de arma blanca: una en el brazo, otra en el dedo y la tercera en el pie izquierdo. Por ninguna parte había orificios de bala. Además, con ese tipo de heridas, nadie iba a morir. La joven no murió asesinada sino..."

—Como que el cuento te interesa, porque hace rato no interrumpís. ¿Verdad que es sugestivo?

—Sí, me parece interesante.

Lo que mi amigo no sabía era que yo utilizaba la palabra interesante, cuando algo era malo o muy malo.

—Hasta aquí tengo escrito. No sé cómo continuar, ni qué hacer con Sherezada ni con los trillizos.

—Pues es muy fácil. Se equivocaron de cadáver. Todos, absolutamente todos se equivocaron de cuerpo: el juez, el forense, los guardias, el jurado, el fiscal, los testigos, Sherezada, los trillizos. Todos.

—Eso es maravilloso, y no solo se equivocaron de cadáver; también de cuento. Estaban narrando otro cuento. Sherezada formaba parte de otro cuento y, quién sabe por qué misterio, apareció en éste. De ahora en adelante, seguiré intercambiando personajes. Al fin y al cabo, la vida es igual. A cada rato nos está intercambiando: el que hoy nace, mañana se casa o se gradúa o viaja, se enferma, se cura, se vuelve a enfermar. En realidad, sos un buen amigo.

Y lo decía con tal sinceridad, que yo me sentía culpable.

Me despedí, la cabeza hecha un mundo, repleta de Sherezadas, rimas, trillizos y asesinatos.

LA EXORCISTA

Hecho un "ay de mí", se me acercó Virgilio y me dijo:

—Ayúdame. Estoy en un gravísimo apuro. -¿Vos?

—Sí, hombre, ayúdame. Virgo sum!

Metódico y directo. Así era Virgilio; pero también, estricto, orgulloso, serio, tranquilo y religioso; dolorosamente religioso.

Esta religiosidad lo había hecho caer en su única falla: intercalar en cualquier conversación, palabras o frases en latín; según él, para hacer honor al Vaticano y a su nombre. Se conocía, al dedillo, La Vulgata y las obras completas de su clásico epónimo.

Para no quedarme atrás, le respondí en latín, también:

—*Virgo es?*

—*Itaque. Virgo sum!*

"Soy virgen". ¡Dios mío! Virgilio virgen -...Cierto, nunca me lo había imaginado como un ser sexual; ni creía, tampoco, que Virgilio pensara siquiera en tales cosas. Pero no dejé de sorprenderme su revelación.

—Conocí, hace irnos días, a mía joven en un convivio, *radians ut sol...*

Virgilio se sentía realizado cuando su latinismo no era comprendido y se le solicitaba su traducción.

—*Bella ut luna*. Conversamos. Nos adentramos en nuestras propias confianzas, y supe que la joven era la "facilitadora" del convivio.

(Yo nunca había entendido ese término; aunque sí, sus funciones).

—El primer día, la invité a comer algo.

Todo mi derroche en mi parco amigo.

—El segundo y el tercero, también.

Mal íbamos con tales invitaciones.

—Al cuarto día, en un momento de liviandad y de falta de Dios, ella, inducida seguro por mis diabólicas maquinaciones, me suplicó: "*Nosce me*".

Me acordé del sentido bíblico del verbo "conocer" y traté de imaginarme la escena en que ella le "suplicaba" que le hiciera el amor.

—Y yo, ya sabes, me hundí en mi terrible inexperiencia de lejanísimo adolescente y...

Disfrutaba con placer la anacrónica turbación de Virgilio.

—¿Y qué hiciste?

—Darle largas al asunto; sofocar mis emergentes ímpetus y *orare, orare Deo, sicut pauper miserusque homo*.

Lo pensé así, rezándole a Dios, y sentí compasión.

—Ante mis indecisiones, la facilitadora hizo honor a su oficio y comenzó a utilizar sus femeninas artes.

—Muy bien hecho, agregué. Con eso bastaba. Ella comienza y la Madre Naturaleza, vieja y sabia, continúa.

—Pero yo no pude o no supe responder. No pasé de una caricia, de mi beso, de mi mordisquillo inocente. Creo —ruborizado y tartamudeante lo decía- creo que mi órgano, por desuso, se ha atrofiado, o que Dios ha querido castigar mi flaqueza.

Estaba desolado. Su entereza había quedado tirada a los pies de mi lecho y de una facilitadora.

—¿Qué hago? ¡Ayúdame, vos que sos mi único amigo!

—¿Cada cuánto te masturbás?

Le tiré la pregunta con morbosidad, y poco faltó para que me preguntara qué era eso.

—Nunca he hecho eso.

Con lástima, capté, hasta ese momento, la magnitud del problema de mi solitario amigo.

—¿Qué puedo hacer?

¿Qué aconsejarle o qué receta podría proporcionarle?

—Visita mi psiquiatra.

—No creo en ellos.

—¿Un cura?

Fue a mi cura y volvió peor, contagiado más que nunca de la idea de pecado y de infierno.

Para el cura, la facilitadora era una Mesalina, una Lucrecia, una Popea, una señora Warren que lo conduciría al averno.

—¿Qué hago?

Acordándome de Boccaccio, lo remití a una monja, mujer santa, dotada de poderes sobrenaturales, que exorcizaba a todo aquél que lo necesitara...Y Virgilio necesitaba, más que nadie, de un exorcismo.

Por cuatro días, no apareció. Mientras, con el deseo de ayudarlo, me instruí sobre libido, sexo, virginidad, impotencia y facilitadoras.

Al fin, se presentó.

Su cara radiante y despreocupada hablaba por sí:

—*Virginitas finita est.*

No podía creerlo.

—¿Cómo, cuándo, dónde?

—Te lo agradeceré siempre. La monjita que me recetaste es la mejor exorcista del mundo...

INSOMNIO

Se apagó y acostó la luz -o a la inversa-.

Jamás imaginó que aquél sería, por años, su último sueño.

En él, vio cunas y camas destrozadas. Hamacas y sofás tirados por el suelo. Almohadas pendientes de garfios.

—Nunca había tenido un sueño tan extraño -me dijo, meses después-. Fue como una premonición.

Desde entonces, no podía dormir.

Alopatía, homeopatía, brujería, hipnosis. Todo lo probó.

Le saqué cita con un indio famoso, que curaba con solo restregarle al paciente unas raras ramillas en la nuca.

Nada.

Supimos de un gurú que, de paso a las playas, se dignó atender irnos cuantos casos difíciles. Tampoco.

Sanidad Divina le impuso las manos. Peor.

Perdidas las esperanzas, optó por sacarle alguna utilidad a su estado: puso una editorial y, por las noches, hacía el levantado de texto.

Fue entonces cuando conoció al más célebre poeta del país. Candidato eterno de cuanto premio y concurso se convocara...y ganador seguro del primer lugar. Era un escritor famoso y quería que mi amigo le publicara su último libro: Paredes en desplome que, a decir de los críticos, revolucionaría el concepto de lírica y haría preciso crear mía nueva preceptiva literaria.

En la tarde, le llevó el manuscrito.

Al anochecer, la computadora no trabajó. Sobre ella, mi exhausto mortal recuperaba la magia del sueño, mientras en el suelo, un montón del hojas se movían, acompasadamente, al ritmo del veleidoso ventilador.

EL POLÍGLOTA

Después de muchas lucubraciones, concluyó, con evidente orgullo, que la vida se reducía a mi *continuum* de sensaciones.

Su labor investigativa desechó cuantos estudios se habían hecho al respecto, por espurios y falibles, y partió de cero.

Por eso, su conclusión le pareció original, apabullante y terriblemente meritoria.

Tituló su trabajo *De sensationibus vitae*, así, en latín, por haber sido ésta la lengua en que ilustrásimos predecesores suyos en el campo de la ciencia, según pensaba, habían externado el fruto de sus desvelos.

La diferencia consistía -además del contenido- en que solo el título estaba en latín. Lo restante, el corpus del trabajo, formaba mi galimatías multilingüe de inaudita distribución idio-mática, gracias a sus inclinaciones políglotas.

En hebreo, el proemio; por considerar que toda introducción es un adentrarse a un nuevo mundo -como si de una iniciación se tratara- y el hebreo era la lengua de la iniciación primera, de la Kábala y el Zohar, de los Midrashin y el Talmud.

El prólogo, en francés. Pensó, por sus ínfulas diplomáticas y urbanas, que ésa era la lengua más apropiada para acercarse al lector -claro, al selecto lector que tuviera el privilegio de leerlo-.

La dedicatoria era mi dechado de italiano. Lengua dulce, etérea y cortesana.

En ruso, el Capítulo I, que se refería al término "sensaciones". Le fue muy difícil, según me lo contó anhelante, decidirse entre el ruso, el alemán y el inglés.

En matar esta indecisión se le fue parte del tiempo disponible y, urgido por las circunstancias, -ya que presentaría pronto su ponencia en un notabilísimo congreso- se apoyó en el ruso. ¿Razones? Su tradición literaria, pródiga en vivisecciones de la vida diaria y en las múltiples sensaciones que la conforman.

El inefable Capítulo II, que trataba sobre la "vida" -o "rito", según decía él en un suspiro-fue escrito en el no menos inefable turco.

—¿Turco?

—Sí, -me confió casi en éxtasis- es una lengua poco difundida y, quizá como ninguna otra, cercana a la diaria vivencia de la vida.

No pude digerir eso de "vivencia de la vida" y le espeté, sabiéndolo tan puntilloso:

—¡Pleonasmo!

—Exacto, -repuso- eso es lo que pretendo con la expresión: reafirmar el carácter, alucinantemente terrorífico, de la repetición de la vida. Y si quieres, de la repetición reiterativa de la vida.

Y silabeaba con deleite los términos, como para que en mí no cupiera la menor duda.

—Es lo que hace el turco con la armonía vocálica: darles vida a las palabras, jugueteando con las vocales.

Y así continuó: a capítulo nuevo, lengua nueva. Al fin el epílogo. Lo redactó en retorromano, por ser lengua muerta. En él filosofaba sobre la brevedad de la vida y, paradójicamente, sobre su inextinción.

—Algo así como el retorromano, que murió; pero que, al mismo tiempo, pervive en sus lenguas hermanas.

Terminó el manuscrito. Lo mandó a editar en forma pulcra y selecta, y he aquí que, cuando lo está revisando, se percata con horror de que no había destinado un capítulo, ni un párrafo, ni mía frase siquiera a explicar la palabra *continuum*.

Cuando llegó a mí, estaba demacrado y exhausto.

—He fracasado. Creí haber hecho la obra perfecta: el mínimo de palabras para im máximo de ideas, sin rodeos ni subterfugios, con un sólido apoyo lingüístico, y me olvido de lo esencial de la investigación: la vida es mi *continuum* de sensaciones; de acuerdo; pero, ¿qué es un *continuum*?

—Cualquier medio docto lo sabe, insinué sibilinamente.

—Eso es lo terrible. Cualquiera lo sabe; pero no lo sabrá en función de mis premisas.

Creerá saber de qué estoy hablando o a qué me estoy refiriendo; mas solo eso: lo creerá saber...

Nunca lo sabrá; porque yo nunca se lo indiqué expresamente.

—No hay problema. Redacta el capítulo y haces una nueva edición. Si todo fuera como eso. Ahí lo incluí. Dinero te sobra y tiempo no te falta.

—Imposible -me lagrimeó-. Imposible. Mi obra es un acto de creación perfecta: todo en su orden y a su debido tiempo. Cada frase la redactaba en función de su contexto. Cada capítulo también. Era como la formación de un feto: si al momento de crecerle los ojos, por ejemplo, no crecen, ya no habrá lugar ni tiempo para ellos. He fracasado.

Quizás, en el fondo, tuviera razón.

EL EPITAFIO

Mientras escuchaba el opus 13 de Beethoven, tuvo la más rara idea.

Consultó enciclopedias, biografías famosas, revistas especializadas.

Hasta su esposa, lectora empedernida de pasquines, le ayudó en su búsqueda.

Nada le satisfizo. Necesitaba algo único: un epitafio brillante que hablara de su genio y que les produjera a sus deudos -o a quienes se detuvieran ante su tumba- una impresión fuerte o una especial curiosidad.

—"*Non omnis moriar*", le aconsejé.

—No, yo quiero un pensamiento sugestivo y profundo. Algo novedoso.

—¿En latín, en español?

—No importa.

—Parafraseando a Horacio, podrías escribir: "*Ero aere perennior*".

—Me suena bien: "Seré más duradero que el bronce". Sí, me gusta.

A los días, la frase me pareció insoportable, y así se lo hice saber.

—Tenes razón, ya la cambié. Cuando vi que mi esposa la entendía, corrí a buscar otra y, he aquí esta joya de epitafio. Incluso, ya la hice esculpir en mármol.

Cierto. En un trozo de mármol, con letras góticas, estaba escrito:

"Nos acordaremos, de este planeta"

y, el nombre completo de mi amigo, con el año de nacimiento y muerte: éste. Estaba segurísimo de que, una vez encontrado su epitafio, moriría...y eso tenía que ser este año.

—¿Verdad que es una frase preciosa?

—Sí, pero tiene un error de puntuación.

—El texto es así, sin añadirle ni quitarle nada.

—No puede ser -insistí- esa coma no debe existir jamás. Te puedo enumerar todos los casos en que se debe poner coma, y verás que ése no aparece.

—Eso es lo cautivador y bello de este epitafio, la coma. En ella, está la clave del mensaje.

—¿De dónde tomaste esa estupidez?

—De Sciascia. Es su epitafio. Pero nadie, nadie, excepto vos, lo sabe ni lo sabrá jamás. Será mi gran secreto. Mi triunfo *post mortem*.

—¿Así, con esa coma?

—Así, tal y como lo escribí aquí. Dos seguidores de Sciascia han tratado de explicarla y no han podido: nadie se pone de acuerdo.

Eso es lo que deseo que ocurra ante mi tumba. Que lleguen multitudes a estudiar la función de esa coma y a alabar mi ingenio y picardía.

A los pocos días, murió. Una fina sonrisilla se eternizaba en sus labios.

La viuda quedó desolada. Cuando llegué a darle el pésame, me dijo entre sollozos:

—Pobrecito. Ni para su epitafio fue original. ¿Sabías que lo copió de la tumba de un filósofo italiano?

—¿Y cómo lo supiste vos, si él a nadie se lo contó?

—Lo leí en una de mis revistas...o pasquines, según él las llamaba.

—Pobrecito. De veras. *Sit transit gloria mundi* o, en este caso tan especial, *gloria coeli*, si es que mi desventurado amigo se encuentra gozando de la paz del cielo, después del colerón *post mortem* que le pegó su, según él, anodina esposa.

EL NOBEL

—El hombre es un inconforme -me dijo Yanuario-. Tuvo que poner ruedas a sus pies; alas a sus hombros; computadoras a su cerebro para vivir mejor. Solo para eso.

—¿Y qué?

—Nada, que tan inconformidad le ha permitido los más grandes descubrimientos.

—¿Y?

—Que yo formo parte de toda esa maravillosa cadena.

Lo ignoraba. Lo ignoraba porque Yanuario y yo nos habíamos separado hacía muchísimo tiempo. El se dedicó a las ciencias; yo, a las letras. Entre ambos nunca hubo comunicación alguna, hasta este día que lo volvía ver, después de tantos años, y era porque se había trasladado a vivir cerca de casa, lo cual nos obligó a continuar con nuestra añejísima amistad.

A los días, regresó, radiante.

—Estoy en vísperas de mi gran descubrimiento científico.

No dijo más. Se cubrió de misterio y salió.

Al tiempo, me sorprendió en la calle con otro avance:

—Ya casi me hago famoso. Ya verás.

En apariencia, yo era su único confidente. Anduve haciendo averiguaciones por ahí, y supe que era solo y que en la facultad nadie lo soportaba por petulante y engreído.

Supe también que era mi buen científico, un muy buen científico; pero de eso a hacerse famoso, había todo un salto insalvable.

En otra ocasión, llegó, pictórico de entusiasmo:

—Por lo menos, seré el Nobel del próximo año.

Cierto artículo periodístico lo nombró, a raíz de no sé qué composición química del cerebro; pero se me perdió de vista como por tres' meses, tanto él como el artículo.

Al tiempo, llegó, casi paroxístico:

—Hermano, he hecho el gran descubri-1 miento. Un día, te hablé de computadoras en el cerebro, ¿te acordás?

Ni por asomo; pero le dije que sí para alentarle.

—¿Conoces algo de la química del cerebro?

—En absoluto.

—¿De su morfología?

—Menos.

—¿Cómo explicarte, entonces?

—Contá, simplemente. Si no entiendo algo, te lo pregunto.

Y comenzó. Parrafada más larga e incomprensible había oído en mi vida.

—¿Vas entendiendo?

—Algo, algo.

—Sos el afortunado interlocutor del futuro Nobel.

No supe si sorprenderme o halagarme. —Tengo varios artículos que irán a las mejores revistas especializadas del mundo.

—Ah, ¡qué bueno!

No hallaba qué decirle. Opté por callar. Quizás interpretó mi silencio como una invitación a seguir hablándome de su descubrimiento.

Y así fue. Habló y habló; trazó fórmulas; hizo dibujos; me enseñó películas...Me apabulló de conocimientos incomprensibles y aburridísimos. Creo que ni su esposa, si la hubiera tenido, le habría aguantado tanto como yo.

—De aquí a unos meses, mi casa se verá invadida de corresponsales y cámaras. El Nobel será mío y vos estarás a la par mía; porque gracias a tu paciencia, he podido desarrollar y comprobar mis teorías.

Me sentí imprescindible.

Un día de octubre, el cotarro científico nacional se vistió de gala. Desde Noruega, nos asombró la noticia de que nuestro Yanuario había ganado el Nobel de Bioquímica.

Cuando llegué a su casa, emocionado como pocos, la policía no me permitió entrar. De lejos, vi a Yanuario rodeado de cámaras y micrófonos, gesticulando, contoneándose, olvidado, seguramente, de quien le había soportado, a regañadientes, toda su deslumbrante teoría.

Pero, oh milagro de milagros, al verme, Yanuario se me acercó en un puro espaviento y señalándome, dijo a la prensa: "Aquí está mi amigo, mi gran confidente, el conejillo de mis experimentos. Sin él, no hubiera podido concluir mi trabajo. Gracias a su cerebro, pude probar mis teorías; pues tuvo la paciencia, no de oírme, sino de escucharme sin interrumpir, lo que me permitió

efectuar todos los cálculos que requería para comprobar mi hipótesis." Y continuó su marcha, con paso cortésano.

La prensa me vio, me rodeó, me olfateó...y se alejó.

EL HIJO

Pese a múltiples intentos, Ramirito no había podido engendrar un hijo.

Se había casado tres veces, y las tres, se había divorciado. "Por incompatibilidad de caracteres", según él. "Por impotente", según ellas.

Era feo y flaco. Ni alto ni bajo. Pelirrojo, y de ojos medio verdes, casi de gato. Edad mediana. Porte común y corriente. Decía que mía abuela suya era alemana, de ahí su pelo y sus ojos, y que cualquier hijo suyo tendría que tenerlos idénticos.

No quería que su fortuna -por lo demás, cuantiosa- fuera a parar a manos de exesposas, cuñados y sobrinos, que lo tenían hartos.

Por eso, aconsejado de abogados y médicos, decidió recurrir a la inseminación artificial.

Gastaría inmensas sumas; pero, ¿qué importa el dinero si de la felicidad se trata?

Este fue el anuncio que publicó en los periódicos:

"Se busca mujer joven, mayor de edad, soltera, sana, guapa, caucásica, de un alto CI, liberal; para trabajo temporal, muy bien remunerado."

El avisito fue, de inmediato, criticado...y esto que nadie conocía, excepto los mencionados, su objetivo.

Lo de "caucásica" cayó muy mal, y menos ligado a "un alto CI".

Ni se diga la impresión que causó "liberal". ¿Qué significado tiene hoy ese concepto? ¿Qué es ser "liberal" en una época que de por sí lo es?

Treinta contestaron: de todos los tamaños, aspectos, edades y condiciones.

A diez, las rechazó ad portas, por su nariz, o su cara, o sus tics.

Eso sí, por consejo de sus abogados, y para guardar el más absoluto secreto, a ninguna le comunicó la finalidad del trabajo. Así que, tanto las todavía aceptadas como las rechazadas, desconocían el porqué del anuncio.

Desechó después a diez más: no le gustaba su forma de caminar o sus ideas o lo rizado del cabello.

Quedaron diez. Tres se retiraron, porque les apareció en el interna un buen trabajo.

Tendría que escoger entre siete muchachas muy bien dispuestas. A estas sí tuvo que comunicarles la razón de tanto misterio.

A cuatro, no les pareció aquello ético, y se fueron, con una muy buena remuneración en el bolso y después de haber firmado un contrato mediante el cual se comprometían a mantener el secreto.

Las tres que quedaron estaban decididas a cualquier trabajo, y éste les pareció excelente y excitante, máxime cuando se enteraron de que la escogida sería la primera mujer del país en concebir así un hijo y que, para ello, no tendría que acostarse con el bueno de Ramirito, que estaba muy lejos de encender la imaginación sexual, ni siquiera de una solterona.

El examen médico las calificó como muy sanas, fértiles y vírgenes.

El mejor ginecólogo del país optó por Amelia, una dulce maestra de preescolar, de un altísimo CI y heredera de tatarabuelas fecundísimas, de las que habían llenado los cafetales meseteños de mozos robustos y rollizas muchachas.

Después de un corto estira y encoge en cuanto a pagos, condiciones de embarazo, parto, crianza y propiedad del niño, se logró un buen acuerdo y, entonces, le correspondió a Ramirito alistar su buena dosis de semen.

Para ello, venía alimentándose y ejercitándose muy bien, desde hacía más de un año y, desde hacía más de un año, no había eyaculado una sola vez, con la esperanza de guardar energías para ese gran momento.

Pero quién sabe cómo, tal vez por una infidencia, la prensa se enteró del asunto.

Y he aquí a todo el país opinando sobre el tema. Y reportajes van y vienen, y fotos de Ramirito haciendo ejercicios, y tomas de Amelia leyendo a Carpentier u oyendo a Mozart o apreciando pinturas del Renacimiento.

Y las tres exesposas, furibundas, dando manifestaciones públicas. Y las feministas, más furibundas aún, lanzando anatemas y desprestigiando a Ramirito.

Desde ese momento, no hubo paz.

Cada vez que Ramirito se hacía un examen, los resultados aparecían en los medios de comunicación.

Todos supimos de lo bien que andaba de presión, colesterol, triglicéridos, azúcar, orina, heces, corazón.

¿Hepatitis? Nada.

¿Sida? Imposible.

Y Ramirito, radiante, exhibiendo su salud y su fuerza y haciendo alarde de su dinero y de su poder.

Las feministas preguntaban: "Si está tan bien, ¿por qué no preña como los demás hombres?"

Las exesposas querían dar las razones, y medio las insinuaban. Pero el pudor y el miedo a una demanda las hacían ser comedidas. La inseminación se llevó a cabo, con un despliegue todavía mayor de propaganda.

Aquello fue como un acto supremo de magia, cuyos efectos se verían de un momento a otro.

Amelita fue la mujer más fotografiada. La mujer más envidiada. La mujer más feliz de la tierra, según decía ella en grandes arrobos.

Fueron meses de espera y comadreos.

Por los ultrasonidos, sabíamos que nacería mi varoncito, sano y robusto, lo cual llenaba de honda satisfacción a su orgulloso padre, que se defendía de los ataques de impotencia que le hacían, diciendo que engendrar así un hijo era mejor; pues, genéticamente, nada se dejaría al azar y él se aseguraba un heredero perfecto.

Y llegó el día venturoso.

Por deseo expreso de Ramirito, el nacimiento sería el 11 de marzo, día del Abad San Ramiro. Aunque no era muy religioso, este gesto podría reconciliarlo un poco con las autoridades eclesiásticas, a las que nada de gracia les había hecho el cuento de la inseminación artificial.

Se permitió que las cámaras grabaran el parto.

Todo listo. Todo previsto...

Y he aquí, oh desdicha la del ser humano que, como dice Sófocles, no puede ser feliz mientras vive, he aquí que lo que nace es un bellissimo negrito, sano, robusto, grandote. Un negrito precioso...

Cámaras, entrevistadores, doctores, Amelia y Ramirito, mudos, estupefactos...

¿Infidelidad de Amelita?

¿Confusión de los médicos?

¿Castigo de Dios, como decían las beatas?

Y el negrito, inocente y cándido, pataleando, berreando a más no poder, como un presagio del escándalo que ya comenzaba a emerger en aquella sala de partos del mejor hospital del país.

MIMÍ

Mimí se hizo prostituta por placer, no por necesidad y supersticiosa por necesidad, no por convencimiento.

Todo lo tenía: buena familia y posición, amigos, dinero.

Pero un inmenso vacío la condujo, primero, donde una cartomántica, y segundo, a los brazos del jardinero.

De ahí, pasó a una médium, y a un chofer de la compañía. De éste, a un policía, a un bombero, al profesor de gimnasia...y de nuevo a una médium, a una cartomántica y a un gurú...

Aquello se fue ampliando, ante los ojos aterrorizados de su santa y viuda madre, que veía cómo su hija se desgastaba en lechos, poses, lances y espíritus.

La noble señora no estaba dispuesta a esperar a que Mimí se corrompiera más de lo que lo había hecho; por eso, pese a sus convicciones religiosas, decidió visitar una médium y pedirle ayuda.

En averiguar cuál era la mejor y cómo contactarla, se le fue buena parte del tiempo.

Al final, guiándose por unos apuntes de su hija y por otras referencias, llegó donde Mme. Lalá, la mejor, según la opinión de los entendidos.

La médium se hizo la importante y la difícil, semioculta por la penumbra de su sala.

El primer día le dijo que no había manera de que los espíritus la escucharan. El segundo, que los espíritus habían dicho que tal vez; pero que para ellos el caso de Mimí no era prioridad. El tercero, que había un espíritu que sí estaba dispuesto a colaborar, a cambio de que le ayudaran a su pobre hermano desamparado.

Y la viuda, ¿qué no haría una madre por su hija descarriada?, se fue hasta uno de los barrios más pobres de la capital, en busca del hermano del difunto.

El espíritu era exigente: pedía casa, muebles y comida.

Casa, muebles y comida fue lo que la viuda entregó puntualmente. Y esperó...pero nada que el espíritu se decidía a ayudar. Más bien, no se cansaba de pedir: que ayer para el hermano; que hoy, para mi vecino; que después para un primo.

Al final, luego de entregar dos casas, un montón de muebles y comida como para un ejército, la madre fue recibida por el espíritu en sesión solemne.

La médium dijo que nunca, en su larga carrera, se había preparado una sesión con tanto esmero como aquella: profusión de flores y luces, incienso, música suave, alfombras, cortinajes, y en el centro, la mesa ceremonial, redonda y grande, como correspondía a una mesa ceremonial.

La noble dama jamás se imaginó que, por amor a su hija, ella sería capaz de tal bajeza. Si la viera su confesor; si la vieran las vicentinas o las hijas de María o la cofradía del Rosario. Mínimo, le esperaba excomuniación mayor.

Pero entró. No bien se hubo sentado, la médium cayó en trance, y de su boca comenzó a salir, ¡oh terrible angustia!, la voz del difunto marido, que la conminaba a dejar en paz a Mimí; pues el camino que ella llevaba era el trazado por el destino, contra el cual nada se podía hacer; que él también sufría de ver a su hija entregada a tan mundanos placeres y peligrosas experiencias, pero que Dios le había prometido que Mimí llegaría hasta el arrepentimiento y la vida edificante, no bien alcanzara los cincuenta años.

La pobre señora no pudo siquiera preguntar nada, como suele ocurrir en estas sesiones; pues el espíritu calló y con él cayó la médium de la silla donde se hallaba, con unos temblores tales, que parecía poseída.

A los gritos, se congregaron todas las personas que tenían cita con ella ese día...en cuenta Mimí.

—Mamá, ¿vos aquí?

La triste madre no hallaba qué hacer ni qué decir.. Temblorosa, jadeante y sudorosa, se refugió en los brazos de Mimí y a gritos le pidió perdón.

—¿Perdón de qué, mamá, de qué tengo que perdonarte?

La madre más lloraba. La médium más se revolcaba. El gentío más se agolpaba en la puerta para ver lo que ocurría.

Entre tanto escándalo, Mimí sacó a su madre y se la llevó para la casa, sin comprender nada de lo que había pasado ahí...

Hecha otro mar de lágrimas, la madre le contó todo lo que ella sabía sobre su vida de pecado...y de las diligencias que estaba haciendo para ayudarla.

—Y tu padre me habló, Mimí, me habló, por boca de Mme. Lalá. Nunca olvidaré esa voz metálica y fría; esa voz de mando. Yo iba a tratar con otro espíritu; pero el de tu padre se interpuso -castigo de Dios- y me obligó a dejarte en paz. ¿Qué haré ahora?

—Nada. No vas a hacer nada. Mi padre me acepta tal como soy; ¿por qué vos no? Aun más. Ya viste el poder del espiritismo. Dedícate a él, y así podrás estar más en comunión con papá. ¿Pecado? Si nos ponemos a pensar en eso, nada haríamos. Decidite.

Y desde ese día, hubo una ferviente partidaria más de Mme. Lalá y una comprensiva amiga más de Mimí, que les pedía a los espíritus que, cuanto antes, llegara el cumpleaños número cincuenta de su pizpireta hija.

Mme. Lalá -o Eulalia, como era su nombre de pila- fue la gran ganadora...dos casas adicionales. No, tres...porque también Mimí le regaló una por los servicios prestados...

OSCARITO

—¿A santo de qué? -se quejaba Oscarito-¿A santo de qué, voy a seguir cantando aquí, si mi escenario puede ser el mundo entero?

Y es que Oscarito, que siempre había sido mínimo...en estatura, fuerza y luces, de pronto estaba hecho una celebridad.

Su madre, la comadrona del pueblo por muchos años, había ayudado a traer al mundo los más rollizos y hermosos bebés; pero, cuando le tocó a ella el turno de parir a Oscarito, nadie la ayudó, y la gente decía que medio niño se le había quedado dentro.

Con tal estigma sobre su humanidad, Oscarito era un freudiano dechado de complejos: odiaba a su padre, porque nunca se preocupó por ellos; odiaba a su madre por haberlo parido tan enclenque; a sus hermanos, porque lo aventajaban en todo; a sus amigos, porque se burlaban de él...Se odiaba a sí mismo por ser tan feo y apocado.

La escuela, la pasó a brincos y a saltos. Perdió matemática y español todos los años. Y todos los años, las maestras le regalaron el curso, con tal de no volverlo a tener como alumno.

Quiso hacerse cura, y el párroco le dijo que no; que él no serviría para tan sagrado ministerio.

Después se supo que el párroco había dicho que el *Derecho Canónico* impedía el sacramento del sacerdocio a quien era muy feo.

Oscarito se enteró de esto, y se alejó del seno de la Santa Madre Iglesia, y hacía pública manifestación de ateísmo y anticlericalismo.

Pero, como era tan pobre, tenía que hacerles el jardín a las monjitas del vecino convento, las cuales, una a una, trataron de hacerlo volver al redil y, una a una, se fueron convenciendo de que ésa era la misión más difícil que podrían ejecutar.

Por cierto, la madre superiora le decía "Oscarito", como todo el mundo; pero la ecónoma lo llamaba "Oscarcito", y la monja enfermera, "Osquítar".

Tal triada de apelativos lo enfermaba, y más cuando era para hacerlo meditar sobre el abandono de sus costumbres religiosas.

Por las mañanas, iba al colegio. Quería estudiar; pero sus compañeros lo molestaban mucho, y más, la matemática y el español.

Para peores, se enamoró de mía compañera que, al saberlo, pidió a sus padres que la trasladaran de centro educativo.

Fue entonces cuando pensó en el suicidio: sería la forma más rápida de acabar con todo, ya que, si se ponía a aguardar la hora natural de su muerte, seguro tendría que esperar hasta los 85 o más años, que era el promedio de vida de su familia.

Lo disuadió su profesor de música, que le dijo que tenía una de las mejores voces que él había escuchado.

Al principio, Oscarito creyó que era una de esas burlas consuetudinarias; pero el músico insistió, y he aquí que todo el mundo comenzó a oír la voz del joven y a todos les pareció preciosa. Hasta la nonagenaria abuela opinó que un tío de ella había competido con Caruso en un festival operístico de Budapest, y que el tío había ganado; pero, como era contra Caruso, los jueces se inclinaron por éste...

Y la abuela se puso a cantar, sin voz, sin tono, sin melodía ni fuerzas, el *Vesti la giubba*, con unos terribles accesos de tos y de jadeos, que hicieron pensar a Oscarito que hasta allí llegaría una de las indirectas causantes de sus desgracias.

(La otra abuela, por sorda, no pudo opinar nada ni nunca supo que Oscarito tenía una maravillosa voz, y los dos abuelos andaban más pensando en cómo emborracharse, que en cómo cantaba su nieto). Y comenzaron las lecciones de canto y los ensayos y las audiciones. Todo el colegio se propuso hacer de Oscarito el sucesor del célebre trío de tenores.

Nadie se imaginaba cómo, de aquellas espalditas que daban grima, podía salir una voz tan cristalina y fuerte; pero todos trataban de ayudar como pudieran.

Para que tuviera tiempo de ensayar, lo sacaron de donde las monjas, las cuales, ofendidísimas, decían que Oscarito les debía a ellas la voz, ya que siempre él las oía cantar desde el jardín y trataba de unitarias.

Y Oscarito, feliz, realizado, centro de mi inmenso alrededor que abarcaba todo el colegio y que, poco a poco, comenzaba a extenderse hacia otros centros educativos.

No había ya velada ni asamblea en la que nuestro cantante no demostrara sus dotes.

Para hacerlo sobresalir en el escenario, siempre lo encaramaban en algo: mía piedra, una atalaya, un balcón, un árbol. Desde ahí cantaba: *Granada, Júrame, Lamento borincano, Caminante del Mayab...*acompañado por violín y piano.

Y el repertorio se ampliaba y se ampliaba. Pero el gusanillo de la soberbia picó a Oscarito:

—¿A santo de qué voy a seguir cantando aquí, si mi escenario puede ser el mundo entero?

El profesor de música, el director, el orientador, la asociación de padres, la junta administrativa, el gobierno estudiantil, las preteridas monjitas, el estetizante párroco, todos, todos le aplaudieron la idea; excepto la maestra de religión, que le tenía mía enorme ojeriza, y que dijo, sibilina pero sabiamente, que antes de pensar en exportar el producto, era necesario saber si el producto gustaba en la capital; pues, liaste el momento, ellos, un público rural, más emotivo que educado en música, podía estar confeccionando mi falso ídolo.

Aquello cayó como un tornado.

El cura y las monjitas no sabían por quién decidirse. El maestro de música, mordiéndose los labios, se volvió hacia Oscarito y le preguntó:

—¿Estás dispuesto a cantar en la capital? Un gallito de pelea no habría adoptado mejor pose.

—¡Sí. En la capital también demostraré lo que valgo. Y donde sea!

Y todos se sintieron aliviados y felices: mío de los suyos, aunque fuera como Oscarito, cantaría en la capital y...quién quita...tal vez...en Roma, París, Buenos Aires...

Y comenzaron los preparativos. Llamadas van y llamadas vienen; y viajes por aquí y por allá; y telegramas al diputado, y del diputado al ministro de cultura, y del ministro al conservatorio y del conservatorio al diputado, y del diputado a la municipalidad y de la municipalidad al presidente de la república y del presidente al ministro y del ministro a la prensa y la prensa al pueblo, a admirar el prodigio.

El pueblo organizó una velada musical. Oscarito no daría declaraciones, hasta pasado el concierto. Mientras, permanecería escondido en casa del director.

Se preparó el escenario del gimnasio: matas por todos lados, colgajos, adornitos de papel crepé, figurillas diociochescas, un telón semiderruido y unas grandes campanas afilegranadas de papel metálico que giraban con un abanico y que harían unos juegos de luces maravillosos, a decir del profesor de artes. Ah., y el consabido estrado, casi púlpito, para que se parara Oscarito, disimulado entre unas ramazones de ciprés.

Se invitó a mía delegación del pueblo vecino para que hiciera público.

A la hora exacta, con una media hora de retraso, más o menos, se apagaron las luces y se encendieron las emociones, parodiando la célebre frase lorquiana. Al abrirse el telón, se veía de todo: las flores, las figuras, las campanas, los adornos, el disimulado estrado, el ciprés...Todo..todo... menos Oscarito.

Y murmullos y miradas y carreras y angustias. Oscarito no aparecía por ninguna parte.

El director decía que no había llegado a su casa, como habían acordado.

La maestra de religión, el cura y las monjas se hacían los afanosos e importantes; pese a que en sus adentros, les surgía la nada despreciable idea de un castigo divino.

Alguien sugirió que tal vez había sido raptado por el pueblo vecino para pasarles una mala jugada.

La prensa solo pudo oír unas grabaciones, en las cuales se medio escuchaba a alguien cantando Granada, con un horroroso acompañamiento de guitarra y violín, y una voz más horrorosa aún.

(La nonagenaria abuela opinaba que ahora como antes, la envidia había clavado sus garras en otro artista de su familia. La sorda, como de costumbre, nada dijo, y los abuelos, más borrachos que nunca, lloraban la desgracia de su ya casi famoso nieto).

Hacia las diez de la noche, apareció Oscarito...tirado, en un callejón, cerca del gimnasio, hecho un guiñapo, temblando de frío, diciendo que los marcianos lo habían querido secuestrar.

Todo fue conjeturas, ayes y acusaciones.

Como la prensa estaba presente, el asunto cobró alas, y el país entero se dio cuenta de la historia de Oscarito y de sus cualidades perdidas.

¡Oh tragedia!, la voz, la sublime voz que todos alababan, menos la maestra de religión, se había esfumado. De ella, solo quedaba algo común y corriente, parecido a lo que oyó la prensa interpretando Granada.

Se habló de una venganza. Pero ¿quién y por qué?

Se pensó en un maleficio; pero, otra vez, ¿quién y por qué sería capaz de hacerle tal maldad a ese venero de voz? ¿Qué no se dijo en voz baja; qué no se dijo en voz alta?

Todos opinaron. La policía confeccionó un expediente con las declaraciones del mismo Oscarito, que se mantenía en sus trece sobre los marcianos.

Los psicólogos conjeturaron que podría deberse a un síndrome de autodestrucción, originado en un profundo complejo de culpa e inferioridad: Oscarito, el anodino Oscarito, al verse abocado, de pronto, al éxito nacional y mundial, mutilaba sus cualidades para seguir siendo el mismo de toda la vida: oscuro, humillado, despreciado y solitario.

Desgraciadamente, de su época de cantante solo quedaba la grabación de Granada, tan mal interpretada, que no había manera de entender cómo eso pudo salir de la garganta privilegiada de Oscarito u Osquítar u Oscarcito, como le decían las dulces monjitas...

EL INMORTAL

Cuando me lo topé, lucía tal cara de satisfacción, que repugnaba.

—Soy diferente a todos ustedes -me dijo con aviesa intención-.

—¿Por eso vas tan contento?

—Sí.

—Y ¿en qué consiste esa diferencia, si se puede saber?

—Soy inmortal.

Lo dijo de manera tan natural y sencilla, como si hubiera dicho: "Soy profesor", o "Soy pintor", o lo que fuera.

—Ah, qué bien —le repuse— sin darle ocasión a que se luciera.

—Y ¿desde cuando lo sabes?

—En realidad, no sé. Ha sido como una revelación, como una intuición, tal vez. Quizá como un presentimiento.

—¡Qué interesante! -le dije, sin sentir, claro, ni el mínimo interés por aquella revelación.

—¿Qué pensás hacer?

—No sé. Estoy ante una difícil alternativa: lo revelo *urbi et orbe* o lo callo con majestuosa serenidad.

Dios mío, qué tipo más pesado. Toda su vida había sido así, creído y tonto; y se manejaba una estúpida sabiduría de cantina, que producía náuseas. Eso sí, tenía plata, mucha plata. Unos decían que producto de una herencia. Otros, que había pegado la lotería.

Pero lo que más lo caracterizaba era mi exhibicionismo rimbombante y chabacano.

Una vez, en mi paseo por el campo, el primero y el último que hice con él, comenzó a declamar ante un grupo de azorados campesinos, *La oda a la vida retirada*, con tales aspavientos y poses, que debí interrumpirlo para dar las disculpas del caso a los concurrentes, y pegar carrera para medio eludir las burlas que nos hacían.

En otra ocasión, en mi fiesta de quince años, con pésima voz y peor francés, nos endilgó "*Les dernières paroles d'Athalie*", con ademanes terribles y los ojos en blanco. Para mi desgracia, lo hacía dirigiéndose hacia mí o, al menos, en mi congoja, era lo que yo creía.

Desde entonces -y muy antes, bien lo sabe Dios- le rehuí; pero siempre tuve la desgracia de encontrármelo en el sitio, en el momento y en las situaciones más inesperados.

Eran como las tres y media de la mañana de mi Viernes Santo, y lo hallé en el Huerto de los Olivos de la Catedral, apostando con el sacristán a que el gallo de la Pasión cantaría en dos minutos. Para mi desdicha, tuve que ser el padrino de la apuesta que, por cierto, ganó el sacristán; pues en mi vida vi gallo más dormido que aquél.

Después no se separó de mí, y me acompañó en mi sagrada risita a todos los Santos Monumentos de la ciudad, y hacía comentarios en voz alta sobre el arte o la artesanía de cada mío, y lo bien o mal dispuesto que estaba, sin importarle que lo oyeran los afanosos y piadosos constructores...o con esa intención, vaya uno a saber.

Para mía Navidad, en media Misa de Gallo, a la hora de las preces, se levantó para pedir por las pobres prostitutas que en esos momentos ejercían su profesión (sic) para llevar a sus hijos un regalito.

El celebrante carraspeó, una monaguilla preguntó que qué era eso, la gente se volvía a ver...y él como si nada.

Me hallaba perdido en mis recuerdos; por eso, casi no escuchaba lo que me estaba diciendo, excepto cuando recalcó:

—He sobrevivido a cinco grandes terremotos; a la caída de un avión; a la explosión de un coche bomba; a dos incendios; a

—Muchacho, ¿y dónde han sido esos terremotos, si yo, que soy mayor que vos, con costos he pasado uno fuerte?

—Ah, es que vos no has viajado. Nunca te ha gustado salir de aquí. Yo sí. Estaba en Guatemala, cuando el espantoso sismo que la destruyó. Pernoctaba en Managua, y sobrevino la catástrofe aquella; visitaba Teherán, cuando aquél de escala 7,9 en Richter; me alojaba en un hotel de Beijin —y cómo pronunciaba "Beiyín"; porque él jamás hubiera dicho "Pequín". Eso habría sido muy corriente; igual que nunca decía "Birmania", sino "Burma"; "Londres", sino "London"- y el terrible terremoto que sacudió a media Asia.

—¿Y cuándo te caíste de un avión?

—¿No te enteraste? Fue noticia mundial. Yo fui el único sobreviviente de aquél que se desplomó en los Everglades de Miami. (Claro, nunca hubiera dicho "Manglares").

Ya para mí aquello era demasiado...Pero está de Dios que uno es masoquista:

—¿Y el coche bomba?

—Bueno, en realidad han sido dos: estaba en Madrid cuando la explosión que mató al general Carrero Blanco. Fijate que andaba en un congreso mundial de Parapsicología, y algo me dijo que iba a ocurrir una desgracia. Salí de una de las sesiones y me fui a tomar un café. ¡Dios santo!, no quisiera recordarlo...

Y se llevó las manos a la cara y encorvó el cuerpo y se irguió y peló los ojos.

—¿Y el otro?

—El otro, en realidad, no fue un coche bomba, sino una bomba sola, sin coche. La que explotó en las Torres Gemelas de New York.

—¿De veras?

—Sí. También fue terrible. Fijate...

—Ah, ¿entonces es por todo eso, por lo que decís que sos inmortal?

—No, no. Esas son bagatelas. Fruslerías.

Son meros incidentes medio anecdóticos. Te dije hace un rato que soy parapsicólogo.

—No. Me dijiste que asistías a un congreso sobre esa materia.

—Pues bien. Es lo mismo. Yo soy parapsicólogo y tengo extrañas cualidades ultrasensoriales: presiento el peligro, intuyo la maldad, puedo ver el más allá y leo las cartas.

—No me digas.

—Cuando eligieron a Juan Pablo I, yo sabía que apenas duraría su pontificado un mes lunar; pues en el Tarot, la carta persistente fue la número tres, la Lima. Supe que el comunismo caería y que sería derribado el Muro de Berlín. Asimismo, traté, infructuosamente, de avisarle a Fujimori sobre el asalto del MRTA; pero me fue imposible: todas las comunicaciones se cerraron.

Todo lo sé. Por eso, te digo que soy inmortal; porque lo he leído en las cartas, y ellas no fallan.

—¡Claro que fallan! A mi abuela, cada vez que iba a que se las leyeran, -cada mes- le salía la que decía "Preñez. Embarazo". Fijate, como de 70 años. Y la pobre no hallaba qué hacer, pensando en que pariría al Anticristo.

—Es que no hay que leerlas literalmente, sino interpretarlas. Quién sabe qué farsante estaba embaucando a tu abuela. Seguramente, se referían a un embarazo mental o psíquico, que se produce cuando se está en vísperas de grandes realizaciones.

En mi caso, estoy seguro de lo que te digo: ni mía sola carta me habla de muerte. Todas apuntan hacia la inmortalidad, y no la espiritual, sino la física. Es decir, yo seré como Enoc y Elias: un inmortal.

Y lo decía con una mal disimulada petulancia, que hubiera hecho encolerizar al más paciente.

—No sé. Vos misino te echas las cartas, las interpretas y te las acomodas a tu gusto y conveniencia.

—¡Jamás! ¿Cómo se te ocurre decir eso? Las cartas no mienten. Además, ¿cómo explicas las catástrofes y accidentes a que he sobrevivido?

Al tiempo, mi inmortal amigo me visitó, más radiante que nunca. Andaba en África, y no me había enviado ninguna postal, porque prefería entregármelas personalmente.

Cierto. Traía mi buen paquete de tarjetas de Egipto, Sudáfrica, Ruanda y no sé de qué países más, de éstos que han surgido ahí de la noche a la mañana.

Me las dio, con grandes aspavientos, y me prometió otras del Lejano Oriente, hacia donde viajaría dentro de poco.

Fue lo último que supe de él.

Lo demás, todo el mundo lo conoce...

Mi pobre amigo viajaba mucho, porque era un habilísimo narcotraficante. Con gran sagacidad, había montado todo un imperio de distribución que él, personalmente, controlaba.

Dicen, quienes lo trataron en estos negocios, que su crueldad era proverbial y que no perdonaba errores en sus ayudantes.

Que era común que se escudara tras una máscara de idiota, que lo hacía aparecer como el hombre más desvalido del mundo...y que su clave secreta residía en los naipes, con los cuales había logrado establecer todo un efectivísimo sistema de comunicación...

Salí a caminar en la soledad de la noche, para olvidar; solo para olvidar, mientras musitaba, casi en mi sollozo, La oda a la vida retirada.

DON TADEO

—Cuando me muera, no quiero cursilerías de ninguna especie.

Así se expresaba don Tadeo ante su esclavizada familia.

—Y ¿cuáles son esas cursilerías, querido? -Le preguntó doña Lía, su esposa, con temor; pues él nunca permitía que le preguntaran nada.

Para don Tadeo, eran cursilerías tirarse sobre el cadáver, aún caliente, llamándolo...como si el muerto pudiera todavía oír, o abalanzarse sobre cada visitante que llegaba a dar el pésame, berreándole al oído: "Se me fue Tadeíto" o "Papito nos dejó", o amortajarlo con saco y corbata -a él, que siempre los había detestado- o ponerle un Crucifijo en las manos entrelazadas, estilo Morticia o, lo peor de todo, publicar una esquela con la noticia de su muerte y agradeciendo las flores, los telegramas y cuanta majadería inventa uno en esos momentos para salir del paso.

—Esquelas, jamás, ¿lo oyen? Ni permitan que nadie las publique. Mejor den la plata a la sociedad que cuida animales; ahí tendría un mejor uso.

Y es que don Tadeo les tenía fobia, odio, aversión a las esquelas; pues en dos oportunidades lo habían convertido en el hazmerreír del barrio.

Una fue cuando murió su abuela Lina. El, agradecido por la póliza que le había heredado, publicó una esquela que empezaba así:

"Mi adorada abuelita Lina
ha partido, con gran dolor..."

En el periódico, lo que apareció fue:

"Mi adorada abuelita Lia ha parido
con gran dolor..."

La segunda fue a raíz de la muerte de su hermana Purificación, llamada así por una de sus tías. Todos, por cariño, la llamábamos "Pura" o "Purita".

Don Tadeo, para dárselas de escritor y por hacer un juego de palabras, escribió:

"Ha muerto Purificación, la mujer
más pura de todo el vecindario..."

Un cruel gazapo convirtió la "r" de "pura" en una "t"...

Don Tadeo jamás volvió a leer los periódicos, ni a visitar amigos ni a permitir que lo visitaran. Se refugió en su negocio y se volvió más taciturno y callado que de costumbre.

Era lo que la gente llamaba un "topador"; aunque él no lo aceptaba así. Decía que, simplemente, compraba lo que no les servía a los demás o lo que les estorbaba o no les gustaba.

Tanto odio tomó hacia la gente, que, incluso, al hijo de su mejor amigo lo enredó con un negocio oscuro.

Este muchacho, de nombre Rodrigo, andaba vendiendo unos garrafones que le regalaron. Eran unas piezas inmensas que, apenas las vio don Tadeo, las clasificó como de muy alto valor para un negocio de conservas que estaba iniciando una importante empresa. Pero, para pagar lo mínimo por ellas, se hizo el indiferente.

Rodrigo, viendo que no había manera de que don Tadeo se los comprara, recurrió a un viejo truco, muy conocido por don Tadeo; pues, junto con el papá de Rodrigo, había sido protagonista del descalabro económico que les originó irnos trompos vendidos por un atorrante, en los comienzos de su carrera mercantil.

Don Tadeo esperó a que Rodrigo hiciera toda la pantomima conocida y, cuando tuvo en su poder los garrafones, no le pagó de inmediato, sino que le pidió que llegara en la noche por el dinero.

Con esa actitud, don Tadeo sabía que alcanzaría una rebaja mayor.

Lo demás ya es conocido. Esa tarde, precisamente, esa tarde, don Tadeo fue atropellado por un carro y quedó con vida vegetativa.

Al verse libre de la tiranía de su padre, los hijos medio malbarataron el negocio, excepto los famosos garrafones a los que les sacaron el dinero que les vino en gana, gracias a la demanda que había de ellos en esos momentos.

Después, cada uno tomó por su lado, y dejó sola a doña Lía, en aquella casa inmensa, vacía, silenciosa...

Fue ron días de congojas y luchas. Tenía que atender a don Tadeo, que exigía más cuidados que im niño, y veía que los exiguos ahorros se iban con velocidad pasmosa.

Le quedaban la casa y el solar, valiosísimos por la ubicación que tenían; pero cualquiera podría engañarla o alguno de sus hijos, quitárselos de un momento a otro, dada la nefasta herencia de su padre.

Doña Lía cerró puertas; clausuró ventanas; se olvidó del jardín, y se dedicó a esperar que pasara el tiempo y se acabara el dinero ¡jara ver en qué asilo recibirían a don Tadeo y le darían a ella albergue.

Pero una tarde, casi al anochecer, sin saber cómo, encontró, de pie, frente a la cama, a Rodrigo, que miraba a don Tadeo en su humillante agonía.

—¿Con qué permiso entró?

—¿Hay que pedirlo para ver a un viejo amigo de papá?

—Si viene a cobrar, yo no lo debo nada.

—No señora. Vengo a proponerle un negocio: gracias a don Tadeo o por culpa de él, quedé en la calle. No tengo dónde vivir. Sé que sus hijos los abandonaron a ustedes y que usted no tiene a nadie que le ayude. Permítame quedarme aquí. Yo la ayudaré con don Tadeo y, por lo menos, no estará sola. Usted me da techo y comida. Eso es todo.

—A buen santo se arrima, mijito. Apenas tengo para medio vivir. Los muchachos se lo llevaron todo.

—Pero tiene esta propiedad. Véndala y compramos en otra parte.

Rodrigo ya usaba la primera persona plural.

—Es una locura. Una vieja como yo, casada, con hijos grandes, conviviendo con un muchacho como usted.

—Yo no le estoy proponiendo Convivir. Ayudémonos mutuamente. Usted bien sabe que los garrafones eran míos y que por ellos no recibí nada.

Quizá por soledad, o por saldar la cuenta de don Tadeo o, vaya uno a saber por qué, doña Lía aceptó la proposición de Rodrigo. Vendió, -y qué bien que vendió- y dejó que Rodrigo administrara y dispusiera, y dejó que fuera como lo que ella siempre quiso que fuera don Tadeo, un hombre cariñoso, respetuoso y comunicativo.

—Lía, y cuando muera Tadeo, no les avises a los muchachos. Yo lo amortajo y me encargo de todo. Para eso estoy aquí.

Y al poco tiempo, muy tieso en su caja de madera, con saco y corbata, las manos entrelazadas y mi Crucifijo entre ellas, yacía don Tadeo -o Tadeo, como le decía Rodrigo- que, con horror, quizá desde muy lejos, veía cómo su esposa y Rodrigo redactaban la esquela que, sobre su muerte, saldría en todos los periódicos.

POR UN NOMBRE

Casi al borde del suicidio, me encontré con mi amigo Rodolfo quien, entre lágrimas y maldiciones, me contó su tragedia.

—Yo no me llamo Rodolfo. Mi verdadero nombre es Expedito; pero, ¿cómo se te ocurre que voy a continuar por la vida llamándome así? No me queda más que el suicidio.

—¿Y porqué te pusieron así? ¿Por tu abuelo? ¿Por tu papá?

—Nadie en la familia ha llevado ese nombre. La culpa de que yo lo lleve fue, es y será de mi madrina.

—¿Tu madrina?

—Sí. No sé porqué se hizo devota de ese santo, y le prometió que mi hijo suyo llevaría su nombre.

—Pero vos no sos hijo de ella, sino ahijado.

—Esa fue mi desgracia. No tuvo ningún hijo. Era estéril. Cuando vio que no podía cumplir lo prometido y que, de fijo, el santo la castigaría, sobornó a mis padres para que el primer hijo que tuvieran, lo llevara.

Rodolfo -digo, Expedito- hablaba agitado, nervioso, como temiendo un daño peor por solo relatarme su desventura.

—¿Los sobornó?

—Les ofreció mucho dinero en el momento, y toda su herencia para el retoño que, además, debería ser su ahijado. Mis padres, pobres y miserables, aceptaron (que mejor hubieran aceptado abortarme). Para mi infinita desdicha, nació un 19 de abril, día del santo ése, y a mi madrina y a mis padres no les cupo la menor duda de que aquello era un verdadero prodigio. Plasta hubo una tarjeta de acción de gracias que salió en todos los periódicos.

Desde el kínder, sufro, vos no te imaginas cuánto, oyendo a mis compañeros gritarme "Espedo", "Espedo". El martirio se acentuó en secundaria. Ninguna muchacha quería salir conmigo.

Para consolarlo, le conté que yo había conocido a un señor con ese nombre, y que él siempre había vivido normalmente.

—¿Y se veía feliz?

—Sí. Solo que un día se suicidó.

—Por el nombre. Estoy seguro de que fue por el nombre.

—No, hombre. Se suicidó porque la esposa lo abandonó.

—Por el nombre. Estoy seguro de que lo dejó por el nombre.

En lugar de consolarlo, lo turbó más mi comentario.

—Pero, ¿de qué te preocupas? Tienes una magnífica herencia. Con ella puedes hacer lo que quieras.

—Tenía mía herencia. Oí lo que me pasó: apenas terminé la secundaria, me vine a la capital y aquí me hice llamar Rodolfo. Nunca nadie me conocería más por aquel infamante nombre. Sin embargo, para que todo estuviera en regla, me fui a cambiarlo, legalmente. Pero, no sé cómo, mi madrina se enteró y armó un alboroto tal, que se trajo al suelo mi trabajo, mi novia, mi crédito, mi profesión. Todo.

—¿Cómo es eso?

—¡Sacrilego! —me dijo- Si te cambias de nombre te desheredo.

—Desherédeme, madrina; pero me lo cambio.

—A todo el mundo le diré que tu verdadero nombre es Expedito y no, Rodolfo.

—Y fíjate que comenzaron a llegar anónimos a las casas de mis amigos y al trabajo y a mi novia, con la verdad de mi desgracia.

Hasta la prensa intervino. Madrina publicó un campo pagado con una fotografía mía, haciendo la aclaración de que el nombre de pila de su querido ahijado era Expedito y no Rodolfo.

Le di la razón sobre el suicidio. De todo lo que tenía, lo único que le quedó fue su nombre de pila, nada más.